



ÉPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII.

NÚMERO 34. — Madrid 5 de Diciembre de 1885.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*.—Crónica universal.—Carta de Roma, por J. M. — Los grabados. — *El Nido*, por Valentín Gómez. — *La Inmaculada Concepción de María y los artistas españoles*, por Adolfo de Castro. — *Arbitraje y mediación de los Papas* (continuación), por E. Soderini. — *Enciclica de N. S. P. León XIII.* — *Un sermón del P. Cumplido*. — *Patriotismo y abnegación* (continuación), por Esteban Marcel. — *Anuncios*.
GRABADOS. — *Real Palacio del Pardo, donde ha fallecido Don Alfonso XII.* — *Sépulcro del infante Don Alfonso en la Cartuja de Miraflores* (siglo XV), obra de Gil de Siloe. — *Los primeros frios*. — *Vista del Real monasterio del Escorial*.

LA DECENA

Estos reyes poderosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Por casos tristes, llorosos,
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.
Así que no hay cosa fuerte
A Papas ni Emperadores
Ni Perlados,
Que así los trata la muerte
Como a los pobres pastores
De ganados.

(JOSÉ MANRIQUE.)

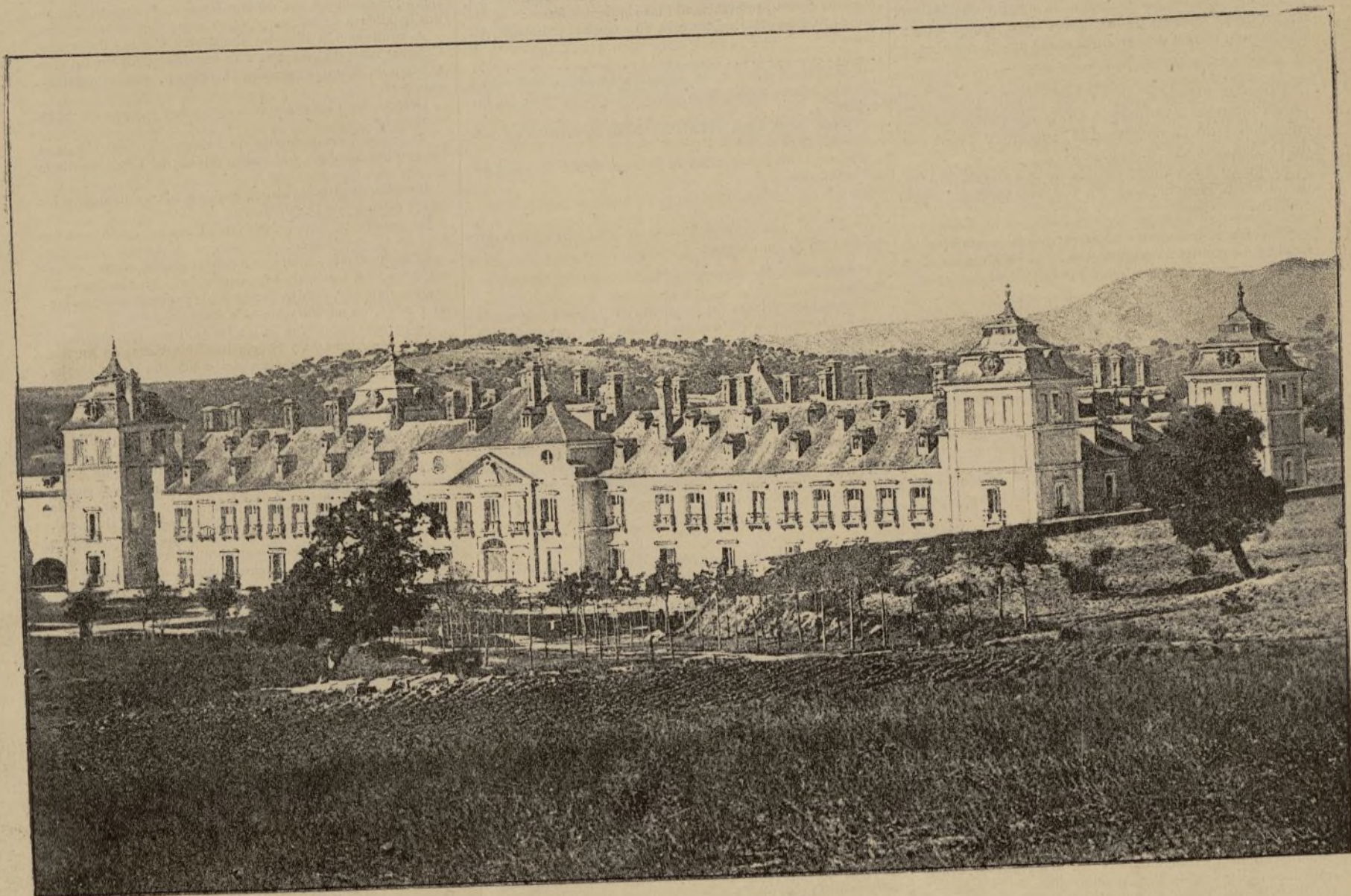


NADA detiene el fallo inapelable de la muerte. Juventud, poder, fortuna...: nada de cuanto envidia y aplaude el mundo faltaba a D. Alfonso XII, y sin embargo, en

un abrir y cerrar de ojos le hemos visto caer desde la cumbre del trono de España al *Pudridero* del Panteón del Escorial.

No hay corazón que pueda permanecer insensible ante tan rudo golpe y espantosa desdicha. Si hay alguno, no será corazón cristiano, porque el frío de la muerte, que parece helar cuanto toca, aviva, en vez de apagarlo, un fuego indestructible, el de la caridad, encendido en el Corazón de Jesucristo, que muriendo triunfó de la muerte.

Podrá haber tenido D. Alfonso adversarios políticos mientras ocupaba el trono, porque el mundo se halla entregado a los juicios de los hombres; pero ante su cadáver los deberes de la hidalguía y de la caridad se juntan para arrancar a los labios de todos una oración por su alma, que, desligada de las mi-



REAL PALACIO DEL PARDO, DONDE HA FALLECIDO DON ALFONSO XII. (De fotografía).

serías del cuerpo y de las grandezas de la corona, igualmente efímeras, se halla ya en la región de la eternidad, sometida únicamente al juicio de Dios.

¿Qué extraño es que su muerte haya sido muy sentida? El célebre cuarto duque de Gandía, Francisco de Borja, fué tal la emoción que sintió ante el cadáver de la emperatriz Isabel, viendo reducida á podredumbre la lozanía y hermosura de la reina, que se trocó de gentil cortesano en humilde religioso, por cuyo camino alcanzó el triunfo de una gloria perdurable.

Nosotros vimos ayer al rey D. Alfonso en la lozanía de su edad y en los comienzos de su reinado, envuelto en los esplendores del trono, acariciado por los halagos de la suerte, lleno de esperanzas el corazón y de proyectos la mente, entusiasmado por los impulsos generosos de una juventud afortunada, envidiado de muchos y envidioso de nadie; y hoy le vemos, como vería el duque de Gandía á la emperatriz Isabel, convertido en materia inerte, encerrado en estrecho ataúd, y solo, en la oscuridad de un panteón, sin más corte que los gusanos de la muerte.

No puede exigirse á todos la emoción sublime de Francisco de Borja; pero á lo menos que todos participen, en la medida de su corazón, de estas enseñanzas elocuentísimas que Dios comunica á los hombres con el ejemplo de tan grandes y terribles infortunios.

¡Que Dios haya recibido en su seno el alma de D. Alfonso XII!

No nos toca á nosotros el discursar sobre las consecuencias de este triste suceso, que ha conmovido á toda España. Sin embargo, la Historia está abierta para todos, y en ella podemos aprender cuán ligada está con la suerte de los pueblos la vida de sus príncipes.

Al considerar que todo el siglo XVI lo llenan los reinados de dos príncipes, Carlos I y Felipe II; que el XVII se halla casi ocupado por tres, Felipe III, Felipe IV y Carlos II; que el XVIII absorbe cinco reinados; y que hoy viven personas que han visto sentados en el trono de España á ocho príncipes sin que haya terminado el siglo, el sentimiento de nuestro amor patrio se contrista y llena de profundos temores por la futura suerte de España.

Invocemos la misericordia de Dios con estas palabras del Rey Profeta: «Sobre tantas desgracias, ¡oh Dios mío! no padezcamos la confusión de ver despreciado nuestro llanto; antes bien poned á este pueblo afligido en estado de alabar vuestro nombre.»

Vamos á extractar ahora, en aquella parte que pueda interesar á la historia contemporánea, las circunstancias de la enfermedad, muerte y sepultura de D. Alfonso XII (q. s. g. h.).

Respecto á los antecedentes de su enfermedad ha dicho el Sr. Mencheta en *La Correspondencia de España*:

«Suponía el malogrado monarca que la juventud y la fortaleza de espíritu lo podían todo, y si efectivamente lo graba verdaderos prodigios era á costa de su salud, un tanto quebrantada.

Recuerdo que la primera vez que se advirtió la dolencia que había de minar paulatinamente la preciosa vida de Su Majestad, fué en Santiago de Compostela, hace cinco años.

Cuando el viaje motivado por los sucesos de Badajoz, tuvo en Valencia y en algún otro punto amagos de desfallecimiento, que súbitamente dominaban su ánimo sereno y su temperamento nervioso.

Ni una sola vez dió importancia á sus indisposiciones, casi siempre momentáneas, hasta hace poco tiempo, que se agravó sensiblemente su dolencia.

Ponia de su parte cuanto era dable para ocultar á su familia y leales servidores las fatigas del mal que experimentaba el augusto enfermo.

Viendo que, tanto S. M. la Reina como las Infantas, el duque de Sexto, el doctor Camisón, como las personas de su mayor confianza, redoblaban sus cuidados, esforzándose en demostrarles que no debían abrigar temor alguno respecto á su salud.

Lo más que concedía era que su estado anémico debía de ser combatido, y para ello ponía de su parte cuanto le era dable.

La gravedad de la enfermedad fué declarada en los siguientes partes oficiales:

«El Jefe superior de Palacio al Sr. Presidente del Consejo de Ministros:

«Excmo. Sr.: S. M. el Rey (q. D. g.), á la vuelta de paseo ayer tarde tuvo un acceso de gran disnea; le repitió á las once de la noche, y adquirió tal intensidad, que llegó á comprometer su vida. Hoy sigue en situación muy grave. Los doctores Sres. Santero y Alonso, que han visto al augusto enfermo, coinciden con mi opinión. Lo que con el más profundo sentimiento comunico á V. S. á los efectos consiguientes. Dios guarde á V. S. muchos años.

«Palacio del Pardo 24 de Noviembre de 1885, á las nueve de la mañana.»

A las siete de la tarde del mismo día:

«Excmo. Sr.: S. M. el Rey no ha vuelto á tener acceso de disnea, y su situación es un poco mejor. Lo que tengo el honor de participar á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes.»

A la una de la madrugada del 25:

«Excmo. Sr.: S. M. el Rey sigue tranquilo, y sin que se haya presentado nuevamente el acceso de disnea. Lo que tengo el honor de participar á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes.»

A las ocho de la mañana del mismo día:

«S. M. el Rey (q. D. g.), después del último parte, ha tenido desde las cuatro á las siete de la mañana un acceso de disnea menos intenso que el de la noche anterior; después de esta hora el augusto enfermo se encuentra descansando.»

Por último, á las nueve y media se comunicó el siguiente:

«Después de la remisión del acceso de que se hace referencia en el último parte, S. M. el Rey volvió á agravarse, falleciendo á las nueve menos cuarto de esta mañana.»

El corresponsal de *La Correspondencia* en el palacio del Pardo añadió los siguientes pormenores:

«El primer acceso lo tuvo el rey á las tres, á cuya hora dijo al Dr. Camisón:

— Estoy mal. ¿Podrían darme algo que me calme la tos y me alivie la fatiga?

Se le dió una inyección hipodérmica, y poco después se calmó el paciente, quedando bastante tranquilo.

La Reina se acercó al lecho, y al verle tan reposado, exclamó:

— ¡Qué bien duerme! ¡Gracias, Dios mío!

A las cinco tuvo otro acceso más débil que el anterior, y también pudo ser dominado.

La familia real aguardaba con ansiedad vivísima que alborara el día para entrar sucesivamente y con intervalos, fingiendo que acababan de llegar de Madrid, en donde habían pasado la noche.

A las ocho se sentía el Rey en un estado relativamente satisfactorio.

Aun no se había expuesto al público el parte oficial consignándolo así, cuando otro acceso apenas perceptible cortó la vida al egregio enfermo.

Toda la noche, y hasta momentos antes de morir, permaneció D. Alfonso acostado del lado izquierdo. Al volverse del lado derecho quedó como profundamente dormido.

Al ver que no se movía, acercóse S. M. la Reina, y no comprendió que aquel sueño era precursor del sueño eterno.

Los médicos Sres. Camisón y Riedel pulsaron á D. Alfonso, y acto seguido entró el Cardenal Benavides y toda la familia real.

La reina Doña Cristina recogió el último suspiro de su augusto esposo, pronunciando las siguientes frases: — ¡Alfonso! ¡Alfonso mío! ¡Dios mío, no contesta! ¡Alfonso! ¡Alfonso!

Los ayes de dolor de la augusta soberana se confundían con los acentos tristes de la reina Doña Isabel y de las Infantas.

«¡Hijo de mi alma! ¡Hermano de mi corazón! ¡Qué desgracia, Dios santo!»

Estas y otras frases salían de la regia alcoba en aquel fatal momento.»

Sobre el embalsamamiento del cadáver refiere un periódico lo que sigue:

«Comenzó á las nueve y media del día siguiente del fallecimiento.

Entretendida y larga fué la operación, pues los doctores no abandonaron la cámara regia hasta muy avanzadas las cuatro de la tarde.

En efecto, por hallarse el cadáver de S. M. en estado de descomposición, los Sres. Camisón y Pellicer lucharon con bastantes dificultades en la ya de suyo difícil tarea. Hasta al exterior, en la espalda del cadáver, mostrábase evidente y clara la putrefacción.

El embalsamamiento llevóse al fin á cabo felizmente. El ministro de Gracia y Justicia, Sr. Silvela, así como el doctor Santero y otros médicos, permanecieron en la regia cámara mientras los Sres. Camisón y Pellicer cumplieron su cometido.»

La traslación del cadáver á Madrid se verificó en esta forma el día 27, según relato de otro periódico:

«Los Grandes de España vestidos de gran uniforme, con calzón corto, media negra y un crespón negro en el antebrazo, llegaban á las diez y media próximamente á la cámara mortuoria del palacio del Pardo, en donde estaba depositado el cadáver de D. Alfonso de Borbón.

Acto continuo se procedió á cerrar el ataúd que guarda los restos de aquel Príncipe, ante el señor ministro de Gracia y Justicia, como notario mayor del reino, del marqués de Alcañices y del marqués de Santa Cruz, sumiller de Corps, que guardó la llave.

A las once menos minutos, dos monteros de Espinosa y los cuatro grandes de España cuyos nombres publicamos ayer, cogieron en hombros el féretro para depositarlo en el coche-estufa que le había de conducir á Madrid.

Las damas de Doña Cristina, señoras duquesas de Medina de las Torres, de Híjar, condesa de Superunda y la marquesa de Nájera, completamente enlutadas, acompañaron al cadáver hasta la puerta del palacio.

A las once se ponía en marcha el fúnebre cortejo, entre el estampido del cañón, el triste eco de las campanas y los

acordes de la Marcha Real que despedían para siempre al príncipe difunto.

El fúnebre cortejo llegó á la una menos cuarto á San Antonio de la Florida, donde se organizó la comitiva oficial.

Rompían la marcha batidores de artillería, un regimiento de ingenieros con bandera y música, cuatro batidores de la Real Casa, timbaleros y maceros á caballo, caballos de silla del Rey, los de tiro, todos cubiertos con crespones, caballeros, carreristas y palafreneros, dependientes y ujieres de la Real Casa, una sección de la escolta real, ciero de la real capilla con cruz alzada, reyes de armas, gentiles-hombres de casa y boca, mayordomos de semana, gentiles-hombres de cámara, grandes de España, cubiertos unos con uniforme de gala y otros de maestranza.

Seguía el clero palatino y el Sr. Cardenal Benavides de pontifical con mitra y báculo, y detrás la estufa regia y el coche de Doña Juana la Loca, de respeto.

Detrás de la estufa que conducía los restos de D. Alfonso, marchaba el duelo, presidido por el Sr. Obispo de Madrid, el ministro de Gracia y Justicia y el mayordomo mayor de Palacio, Sr. Duque de Sexto.

Toda la carrera estaba cubierta por las tropas de la guarnición y por un gentío inmenso que presenciaba respetuoso la fúnebre ceremonia.

El cadáver fué subido al Palacio en hombros de los monteros y grandes de España que le habían bajado del del Pardo, y colocado el féretro en el Salón de Columnas, convertido en capilla ardiente.»

He aquí la descripción de la capilla ardiente:

«La cama imperial, sobre la que descansa el féretro, se encuentra situada en el centro. Es de damasco amarillo, ricamente bordada con flores de seda y adornos de oro y plata; pertenece al tiempo de Felipe V, y en ella se expusieron los cadáveres del rey Fernando VII y de Doña Mercedes.

En el testero derecho se encuentra el principal altar, con Crucifijo y sacras de plata, candeleros de bronce y frontar de damasco negro, galoneado de oro; á ambos lados del féretro, y adosados al muro, hay otros dos altares análogos.

Una baranda de madera limita el espacio destinado para el paso del público durante los días que esté expuesto el cadáver; entrará aquél por la puerta de la izquierda de la plaza de Armas ó principal del regío Alcázar, tomando la escalera llamada de Carlos III, inmediata al testero derecho del salón, y por detrás del referido tapiz y de la baranda mencionada saldrá á la galería.»

Por último, de la traslación del cadáver al Panteón del Escorial el día 29, daba cuenta otro periódico en la siguiente forma:

«A las diez rompió su marcha el cortejo fúnebre en la plaza de Armas de Palacio.

En primer lugar avanzaba la artillería con banda de música, que entonaba una marcha fúnebre, y después seguían dos batallones de infantería y una compañía de ingenieros.

A continuación iban los timbales y clarines de la Real Casa seguidos de maceros, y en seguida desfilaron los doce caballos de silla que montaba D. Alfonso, con las monturas enlutadas.

Después iban los reyes de armas y los porteros de varios ministerios.

Al personal de la capilla de Palacio con cruz alzada, á los gentiles-hombres y al cuarto militar del Rey precedía la escolta real.

Inmediatamente seguía el coche-estufa conteniendo los restos mortales de D. Alfonso.

De cuando en cuando se oían cañonazos que hacían los honores al regío finado.

El coche-estufa, tirado por ocho caballos negros empuñados, iba materialmente oculto bajo un sinnúmero de coronas de rosas, de siemprevivas, de pensamientos, de laurel y roble, de miosotis, de toda clase de flores.

Entre estas coronas se hallan las enviadas por el príncipe heredero de Alemania y el príncipe Luis Víctor de Austria, las de los ayudantes del Rey, del escuadrón de la escolta, de los alabarderos.

Una de rosas de té y nardos, con la siguiente dedicatoria en alemán: *A su difunto jefe, el regimiento 15 de hulanos de Prusia*; la del Ayuntamiento de Barcelona; la de los príncipes Isabel y Carlos de Austria; las de los capitanes generales, cuerpos de la guarnición, patrimonio de Aranjuez; las de los ministros de Alemania é Italia; del cuerpo colegiado de la nobleza; de la duquesa de Santaña; de la colonia americana de París; de los señores Mario, Ducacal, y muchas más que formaban una cima de flores y un oleaje de cintas de raso y terciopelo en torno al coche-estufa primero, en torno á la caja fúnebre después de depositada en el Escorial.

Detrás de la estufa marchaban presidiendo el duelo el jefe superior de Palacio, Sr. Duque de Sexto; el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Alonso Martínez; los Cardenales Fray Zeferino González y Benavides; el comandante general de alabarderos, Sr. Echagüe, y el jefe del cuarto militar de S. M., Sr. Marqués de Peña Plata, y detrás los capitanes generales, casi todos los oficiales generales residentes en Madrid, y numerosas comisiones de todos los cuerpos é institutos del ejército.

Seguían un piquete de la escolta real, el coche llamado de Doña Juana la Loca, el resto de la escolta real y un regimiento de caballería.

En la estación del Norte, adonde llegó el cadáver á las once y veinte minutos de la mañana, fué recibido por los ministros y comisiones oficiales.

Colocado el coche-estufa en su plataforma enlutada, las músicas tocaron la Marcha Real, y partió el tren á las doce.

Formaban el fúnebre convoy una locomotora, un coche-salón de la Real Casa, empavesado de negros crespones, seis coches de primera, tres de segunda y la plataforma sobre que fué colocado el coche-estufa.

El cortejo fúnebre llegó á la una á la puerta principal del Monasterio. Por ella sólo pasan los reyes de España dos veces; una al visitar por primera vez el templo; otra al ser conducidos al Panteón.

En el patio del Monasterio, que fué despejado por los alabarderos, había dos mesas rodeadas de unos 60 frailes: una para colocar la caja fúnebre, y la otra para firmar el acta de entrega del cadáver.

En el momento de ser éste entregado á la comunidad de Jerónimos de San Lorenzo, se descubrió la caja de tisé de oro, y á través del cristal que hay en la de zinc, y que deja ver el rostro de D. Alfonso, desfigurado por la muerte, el montero mayor llamó al Monarca: —¡Señor...! ¡Señor...!

Después, el ministro de Gracia y Justicia pregunta en voz alta:

—¿Monteros de Espinosa! ¿Es este verdaderamente el cadáver del rey D. Alfonso XII?

Y el decano de los monteros contestó:

—Sí: es el mismo.

—Juradlo.

—¡Juramos! —dijeron todos los monteros.

Avanzó por el patio el cortejo y penetró en la iglesia, siendo colocado el féretro sobre sencillo túmulo, que cubría un rico y severo paño de terciopelo oro, que sólo se usa para el entierro de los reyes desde Felipe II. Una corona de oro de la misma época ocupaba el cabezal del túmulo.

Después de los responsos, cantados con toda solemnidad, la caja fué conducida al Panteón, y el cadáver de D. Alfonso colocado sobre una tarima cubierta de crespones, donde permanecerá algunos días.

Después será conducido al depósito llamado el *Pudridero*.

Tres descargas y veintidós cañonazos anunciaron á las tres y media haber terminado las exequias.

R. I. P. A.

CRÓNICA UNIVERSAL



A guerra de Oriente no lleva trazas de concluir tan pronto, á pesar de las victorias, al parecer decisivas, de los búlgaros. El príncipe Alejandro, no sólo ha expulsado de sus Estados á los invasores, sino que ha invadido á Servia al frente de 50.000 y apoderándose de una ciudad de importancia.

He aquí, descrita por un corresponsal, la toma de Pirot.

«Las líneas servias coronaban las alturas que dominan la ciudad extendiéndose en dirección de Palanka hasta las líneas opuestas, y ocupando unos 10 kilómetros. Las cuatro brigadas servias, la de Chomudja, el Danubio, la Druna y la Morava, que subían á unos 40.000 hombres, estaban en línea de batalla; los búlgaros tenían unos 50.000 hombres.

Desde el alba del día 8, el ala izquierda búlgara inició el movimiento de avance hacia las colinas más elevadas, teniendo el objetivo de apoderarse de Teoska, que está en el camino de Belogradjek. Los servios por esa parte empezaron á ceder terreno bajo el fuego de las baterías búlgaras, pero el combate fué empeñadísimo durante algunas horas. Hubo momentos en que los búlgaros retrocedieron ante las masas compactas de los servios, muy reforzados.

A la una de la tarde la victoria parecía resuelta á favor de los servios. La división de la Chomudja combatía valerosamente. Una batería servia, por su fuego sostenido, impedía la acción de las búlgaras. En aquel momento el coronel Gaudief ordenó que la batería servia fuera atacada á la bayoneta, y los búlgaros se apoderaron de ella, matando á los artilleros que la servían y que no quisieron abandonar sus cañones.

En el centro, que era la llanura, los búlgaros habían reunido 18.000 hombres bajo el mando del coronel Nicolaiief, y estas tropas, apoyadas en dos baterías, decidieron el éxito del combate.

Apenas se desplegaron esos batallones, al empezar la tarde, los servios emprendieron la retirada en toda la línea, defendiéndose sólo hasta el anochecer una parte del ala izquierda situada en una cresta que domina la ciudad de Pirot.

Evacuada por fin esta posición por el movimiento de avance de todo el ejército búlgaro, éste fué dueño de la ciudad. Cinco batallones penetraron en ella, aunque se decía que estaba minada y la habían abandonado todos sus habitantes. El grueso del ejército búlgaro, flanqueando la ciudad, fué á acampar en Sliwintza, camino de Palanka, donde los servios darán otra batalla para defender á Nich, si antes no se ajusta la paz.

El príncipe Alejandro, salvado el honor de sus armas, parece dispuesto á admitir proposiciones conciliadoras, pero exige como condiciones precisas las siguientes: 1.ª, cesión á Bulgaria del distrito de Pirot; 2.ª, pago de una indemnización de 5.000.000 de pesetas; 3.ª, reconocimiento de la reunión de Rumelia á Bulgaria, bajo la denominación de reino de la Gran Bulgaria.

Estas concesiones parecen inadmisibles para Servia, que se anularía por completo ante la supremacía de Bulgaria en los Balcanes. Pero ¿qué hará Servia en circunstancias tan críticas y dolorosas? El rey Milano, cuyo cuartel general está nominalmente en Nisch, ha tenido que replegarse más al interior de su reino.

El sentimiento público servio, poco favorable al

comienzo de una guerra fratricida ocasionada por pretextos evidentemente insuficientes, se ha exaltado con la serie de derrotas inesperadas de estos días.

El prestigio y la popularidad del rey Milano habían sufrido ya mucho con la declaración de guerra; pero ahora han sufrido mucho más con la precipitación poco digna con que el agresor se ha apresurado á suscribir un armisticio, después que la fortuna se ha pronunciado contra él en los combates.

En cambio, los rumores de abdicación del rey no parecen ser fundados. La sustitución de M. Garachanine por M. Christich, como primer ministro, indica más bien que el rey Milano está dispuesto á defender su trono y á emplear la fuerza de las bayonetas si no puede reinar por la voluntad nacional. Pero se ofrece la duda de si el rey y sus consejeros podrán contar para una campaña en el interior con el ejército que tan mal han dirigido contra el enemigo en el exterior.

Las últimas noticias son favorables á la continuación de la guerra, es decir, á que prosiga enredándose la madeja, hasta hacer necesaria la intervención de las grandes potencias.

Por de pronto, ya se dice que la ocupación de Servia por Austria es inminente, y esta ocupación tiene por objeto impedir que prevalezca en Servia la candidatura del príncipe Pedro Karageorgevitch.

También se anuncia que Rusia movilizará dos cuerpos de ejército.

En resumen: la cuestión de Oriente se complica, y los habitantes de los Balcanes comienzan á enterarse de que sin Rusia y sin Austria pueden engrandecerse á costa de Turquía.

Dice un periódico que en Francia la piedad de los fieles contrasta con el furor de la persecución revolucionaria.

Refiere, para confirmar esta observación, que desde el 25 de Agosto al 30 de Septiembre han comulgado en Lourdes 114.732 personas, y en treinta y seis días se han celebrado 3.390 misas.

La cuarta novena de plegarias, con motivo de la *Peregrinación espiritual*, empieza el 29 de Noviembre, como preparación á la fiesta de la Purísima.

El monumento del Rosario se levanta ya bastante sobre el suelo.

Se han colocado ya los capiteles de 18 columnas que decorarán la fachada de la futura iglesia. Representan aquéllos los signos del Zodíaco para recordar que la oración no se interrumpe en ninguna de las estaciones. Cada una de esas esculturas, que son de piedra, costará lo menos 1.000 francos.

También se están terminando 45 capiteles para otros tantos pilares interiores.

Otras muchas obras de piedad se están ejecutando en Francia, no siendo las menores las que se refieren á la prensa católica, que multiplica diariamente sus producciones.

Los progresos que obra el catolicismo en Inglaterra llegan ya al punto de que, no satisfecha la Iglesia católica con ganar diariamente terreno en el interior de las Islas Británicas, envía fuera misioneros para evangelizar á los paganos. Con este objeto se ha formado en Londres una asociación bajo el patronato de San José, asociación que ha fundado el colegio ó seminario de Mill-Hill, de donde los misioneros del Sagrado Corazón saldrán para los puntos que se les designe.

Tres misiones han sido encomendadas por el Papa á los sacerdotes del Sagrado Corazón: la de los negros de los Estados-Unidos, la de la India y la de Borneo. Sólo en la América del Norte hay 6.000.000 de negros emancipados, entre los cuales la mitad apenas profesan una religión cualquiera.

Los misioneros ayudan al clero americano á convertir en cristianos á desgraciados salvajes envilecidos por la esclavitud.

En la India, diecisiete misioneros del Sagrado Corazón trabajan, no sin éxito; pero encuentran un enemigo formidable en la embriaguez, vicio nuevamente implantado entre los indios.

En Borneo, el P. Jackson, prefecto apostólico, y sus compañeros, realizan numerosas conversiones entre los dyaks, y sobre todo, entre los niños de estos bárbaros.

Las misiones católicas derraman por todas partes los beneficios de la civilización y de la salud de los pueblos.

El Gobierno inglés está amenazado de muerte si no se decide por la disolución del nuevo Parlamento que acaba de elegirse. Los liberales obtienen mayoría en las elecciones, según los últimos partes telegráficos.

También los autonomistas irlandeses van sacando ventajas en el nuevo Parlamento.

El *Times* dice que la situación del Gobierno conservador es comprometida.

El Gobierno alemán pide nuevos créditos para el ejército.

Estos aumentos ó créditos extraordinarios que solicita son: 7.000.000 de marcos para completar el armamento de las tropas y construcción de nuevos cuarteles; 3.000.000 como suplemento de pago á ciertas guarniciones; 1.000.000 para mejorar los piosos; 800.000 marcos para adquirir los objetos necesarios para el uso del tratamiento antiséptico en el servicio sanitario; 700.000 como suplemento de pago de mensualidades á los oficiales que desempeñan comisiones, y 600.000 para adquirir un terreno destinado á maniobras militares para los cadetes de la Escuela Central.

El telégrafo nos ha sorprendido con el siguiente telegrama de Hamburgo:

«Un diario de esta capital publica hoy un despacho de Yokohama (Japón), fechado anteayer, diciendo que la corbeta de guerra alemana *Nautilus*, que, como es sabido, está recorriendo los mares de la Micronesia de algún tiempo á esta parte, juntamente con la cañonera *Illis*, ha plantado el pabellón alemán en el archipiélago de Marshall, al oriente de las Carolinas.»

El telegrama añade que el comandante de la corbeta ha declarado anexionado al Imperio todo el grupo de las islas Marshall.

Para explicación de este despacho, ha de saberse que se denomina con el nombre de Marshall un archipiélago situado entre los 5 y 12 grados de latitud Norte, y 168 y 176 de longitud Este del meridiano de Madrid. Compónese de un gran número de islas, la mayor parte pequeñas, descubiertas en el siglo XVI por navegantes españoles. Las más importantes son Rienhan y Chatham.

Y nada más sobre esto.

CARTA DE ROMA

Roma 30 de Noviembre de 1885.



A inesperada muerte del rey D. Alfonso XII ha causado la más profunda y dolorosa impresión en todas las clases de la sociedad romana y en todos los individuos de la colonia española aquí residente. Sin distinción de partido político, y aun casi sin fijar la atención en la gravedad de las consecuencias que este triste suceso puede traer para España, en cuanto llegó el primer rumor de la terrible desgracia, aquí nos quedamos todos sumamente afectados, entregándonos muchos á la consideración del contraste que hacen las grandezas humanas con el polvo del sepulcro. Sabemos que en nuestro dolor nos acompaña el Sumo Pontífice, por haberse dignado manifestar á la pequeña peregrinación española que trajo el Sr. Obispo de Vich, y fué recibida por Su Santidad el jueves pasado; pero en esta circunstancia, como en todas, Nuestro Santísimo Padre nos da el ejemplo de lo que principalmente deben hacer los cristianos cuando la muerte les arrebató á algún deudo ó amigo, pues sobre todo se ha mostrado solícito de los sufrimientos por el alma del malogrado Príncipe, cuya prematura pérdida deplora con afecto de padre; para el eterno descanso de ese hijo segado en la flor de la vida, León XIII aplicó el mismo el Santo Sacrificio, mandando luego se prepare aquí un solemne funeral. No sé todavía si éste tendrá lugar en Santa María Maggiore, en donde los reyes de España tienen algún derecho de patronato, ó más bien en Santa María la Traspontina, en donde el mismo actual Pontífice, en 1878, hizo celebrar las honras fúnebres para la reina Doña Mercedes; de todos modos, la corte pontificia asistirá á dichos funerales por disposición expresa de Su Santidad. También me dicen que el Papa, queriendo asociarse á las públicas manifestaciones de duelo que tendrán lugar en esa Corte, ha confiado á su Nuncio en Madrid el encargo especial de asistir en su representación á los funerales del Rey que se celebren ahí; pero sobre esto los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA están de suyo más enterados que el corresponsal en Roma: aquí se ignora el día y hasta la iglesia en que ha de verificarse la ceremonia, pues no sé que fundamento tiene el rumor de que con ese triste motivo va á inaugurarse la iglesia de San Francisco el Grande; aun así y todo, siempre se echará de menos una Catedral digna de la Corte de España; buenas ganas tengo de constatar por mí mismo los adelantos del templo de la Almudena. Hace cosa de un año, Su Santidad enseñó á

varios españoles los planos de esa que llamaba «futura Catedral de Madrid», complaciéndose mucho en lo grande y majestuosa que ha de ser, según podía desprenderse de las fotografías que le había enviado el dignísimo Sr. de Cubas; el Papa parecía indicar que iba a consignar en la misma Bula de erección de la diócesis de Madrid-Alcalá que el templo de la Almudena ha de ser la Catedral definitiva de la nueva diócesis, con el objeto de excitar a los españoles y fomentar su natural desprendimiento para que apresuren con sus limosnas la construcción del nuevo templo; ¡quiera Dios—y quíerale también la gente más acomodada—que los deseos de Su Santidad queden satisfechos cuanto antes!

Cúmpleme entretanto dar noticia de dos publicaciones, igualmente debidas al celo y sabiduría de nuestro gran Pontífice, y que han de merecer muchos aplausos en el mundo literario. La primera lleva el título de *Sacrorum Bibliorum Fragmenta Copto-Sahidica*, y presenta en elegante tomo, salido de la imprenta poliglota de Propaganda, cerca de doscientos fragmentos bíblicos en lengua copto-tebana, anunciando la publicación en muy breve plazo de otros seiscientos cincuenta. Excuso decir, por ser demasiado sabido, que la lengua sahidica ó tebana, propiamente, no es más que el dialecto que se hablaba en el Alto Egipto; ni tengo tampoco necesidad de recordar que mientras en varias épocas muchos y distintos paleógrafos se ocuparon en la versión memfítica de la Sagrada Escritura, que es la que usaron los habitantes del Bajo Egipto desde los primeros tiempos del cristianismo, tenfense, por lo contrario, muy escasas noticias de la más pura y antigua versión, que fué la sahidica. En 1878 se reunieron en Florencia varios paleógrafos, y no ocultaron su deseo de que llegase el día en que pudiera publicarse la colección de fragmentos sahidicos que la Congregación de Propaganda venía custodiando en su Museo Borgiano. El sabio Pontífice que hoy rige la Iglesia tuvo a bien acceder al deseo de los doctos orientalistas que se habían reunido en la capital de Toscana, y desde luego confió a un sabio Agustino, el Rdo. P. Ciasca, catedrático que es de lenguas orientales en el Seminario Romano, el encargo de sacar a luz el precioso monumento paleográfico que encerraba el Museo Borgiano: así lo hizo el renombrado orientalista, hijo de San Agustín, acreditando una vez más su mucha ciencia, vasta erudición y... ¿por qué no decirlo?... también su paciencia, puesto que tuvo que transcribir sin número de fragmentos, roídos quizás por las carcomas, añadiendo, pero no sin indicarlo, las palabras que, por su singular competencia en esta clase de estudios, comprendía ser necesarias para completar los períodos. El trabajo del sabio Agustino ha de ser muy útil bajo el aspecto teológico, crítico y literario, por lo que los sabios deben también agradecerse mucho a Su Santidad, quien no reparó en gastos ni en dificultades de ninguna clase para llenar un vacío en el mundo científico. De la misma imprenta de Propaganda parece va a salir cuanto antes el *Anuario de las Misiones Católicas*, que es la otra publicación a la que me refería más arriba. Después de un resumen histórico acerca de la fundación de las varias Misiones, expondrá dicho *Anuario* las condiciones actuales de las Misiones mismas, indicando los confines, la lengua que se habla, el Gobierno y la población que corresponde a la jurisdicción de cada Vicariato ó Prefectura apostólica. Evidentemente esta publicación va a revestir grande interés, particularmente bajo el punto de vista de la Historia y de la Geografía; sin embargo, para los buenos españoles no será completa la obra hasta que no se le añada una página más, la de las Misiones católicas en las Carolinas.

J. M.

LOS GRABADOS

REAL PALACIO DEL PARDO, DONDE HA FALLECIDO DON ALFONSO XII.

Hablando de la edificación de este palacio, dice Llaguno: «Durante la residencia que Carlos V hizo en España antes de su última salida de 1543, determinó reedificar de planta la antigua casa-fuerte que fundó Enrique III en el Pardo, donde se alojaban los reyes cuando iban de montería a aquel bosque, a la sazón bien poblado, porque con las cortas metódicas, sin dejarle envejecer, se reproducía por sí mismo. Hizo la traza Luis Vega, y el Emperador le encargó la obra. Con este motivo, y a fin de que se continuasen las obras del alcázar sin el embarazo de la alternativa de arquitectos, se estableció Vega en Madrid para dirigir las él solo, aunque sin más salario que el que se le asignó al principio, hasta que, habiendo hecho presente su residencia continua desde que se le encargó la del Pardo, sin tener para ocuparse en otras, como acostumbraba, por cédula de

12 de Junio de 1552 mandó el Príncipe que en lo sucesivo se le diesen por entero los 50.000 maravedís y los 4 reales al día.

«Este palacio del Pardo, único edificio notable que pertenece a Luis de Vega, es de figura cuadrada, con cuatro torres en los ángulos. Le rodea un foso con dos puentes. En el suelo del foso tiene un embasamento de sillería, sobre el cual se elevan las paredes de ladrillo descubierto, sin más piedra que los marcos de las ventanas. La puerta principal es pobre y semigótica; las ventanas de Oriente y Poniente (que están como las dejó Luis de Vega, sin haberlas tocado cuando Francisco de Mora reedificó las del Norte y Mediodía), muy distantes entre sí, y muy pequeñas las del cuarto bajo. Las columnas jónicas de los pórticos interiores tienen sus defectos y el sustancialísimo de que sobre ellas descansan los arcos. Pero en general el edificio es bueno, ideado con gracia y sólido. En 1549 estaban ya elevados los muros casi en términos de cubrirlos, y en 22 de Marzo de 1558 contesta el Rey desde Amberes al alcaide Antonio de Guzmán diciendo: «Está bien que las obras del Pardo sean concluidas; si no se hubiesen sentado las vidrieras, daréis prisa a que se ejecute.» Y a Luis de Vega manda acabe luego las cañerías de las fuentes.

En el tomo III de su obra sobre los arquitectos españoles continúa Llaguno:

«Sábado 13 de Marzo de 1604, un día después de haber salido el Rey y la Reina del palacio del Pardo para Madrid, se descubrió en él un incendio, que redujo a cenizas todas las maderas de las torres, techos y cuartos principales. Mandó el Rey se reedificara con brevedad, mejor que estaba, encargándolo a Francisco de Mora, que reguló el coste en 80.000 ducados. Se libraron al pronto 20.000, y se empezó luego la reedificación, valiéndose Mora para ejecutarla, primero, de Antonio de Segura; muerto éste, de Diego Sillero; y después, de Pedro García de Mazuecos, aparejadores todos del Alcázar de Madrid. No se sabe en qué consistieron las mejoras que, conservando todas las paredes, hizo en lo interior; pero en lo exterior renovó y duplicó las ventanas de Norte y Mediodía, que eran como las que subsisten al Poniente, algo pequeñas y muy distantes entre sí, dejándolas como ahora las vemos, proporcionadas y de buen gusto.» El palacio del Pardo posee la mejor colección de tapices que existe tal España.

SEPULCRO DEL INFANTE DON ALFONSO EN LA CARTUJA DE MIRAFLORES (SIGLO XV), OBRA DE GIL DE SILOE.

Proyéctase, según hemos oído, la restauración de este insigne monumento, estropeado por los estragos de este siglo. Gracias a la comunidad que hoy lo custodia, podrá conservarse para transmitir a otros siglos la gloria de nuestros siglos de oro, cuando el arte, inspirado por la fe, erigía grandiosos monumentos a la religión y a la patria.

La Cartuja de Miraflores, fundación de Don Juan II en 1442, encierra dos magníficos sepulcros, ambos ejecutados por el hábil escultor y arquitecto Gil de Siloe: el de Don Juan y su esposa Doña Isabel, situado en el centro de la iglesia, y el del infante Don Alfonso, al lado del Evangelio. Fué éste ejecutado en 1492, y debe considerarse como una de las más hermosas obras de la escultura española de la Edad Media.

¿Qué obras de su clase podemos hoy oponer a las que nos legaron los pasados siglos?

LOS PRIMEROS FRÍOS.

Un cielo plomizo, matizado de oscuras nubes de indeterminada forma, en el fondo espeso bosque, árboles que crecen entre la maleza, elevando al cielo sus brazos desprovistos de hojas; en primer término, la aldeana que junta en un pequeño haz las ramas que ha cortado, disponiéndose a volver al hogar, donde quizás la espera el esposo, impaciente por reparar sus fuerzas al amor de la lumbre después de un día penoso. Estos son los datos de que un artista, modesto hasta el punto de ocultar su nombre, se ha valido para representar un paisaje de invierno, a la caída de la tarde, cuando ya en lontananza aparecen las tímidas sombras precursoras del triste y breve crepúsculo.

Hay verdad en este modesto paisaje; aquel cielo incoloro, aquellos árboles acusan el estado de la atmósfera, el cielo helado que silba entre las ramas. El artista se ha inspirado directamente en la Naturaleza; pero se aparta en lo posible de las prescripciones de la escuela realista, y sin perjuicio de la exactitud, consigne que el conjunto resulte bello.

VISTA DEL REAL MONASTERIO DEL ESCORIAL, DONDE SE HALLA EL PANTEÓN DE LOS REYES DE ESPAÑA, TOMADA DESDE LOS MONTES INMEDIATOS.

Reinando Felipe III, por los años de 1617, empezó la construcción del impropriadamente llamado *Panteón* de reyes, bajo la dirección del célebre arquitecto J. Bautista Crescencio, marqués de la Torre, y fué concluido en 1654 bajo el reinado de Felipe IV, trasladándose entonces a él los reales cadáveres. He aquí la inscripción colocada a su entrada:

D. O. M.

LOCUS SACER MORTALITATIS EXUBIS
CATHOLICORUM REGUM
A RESTAURATORE VITAE CUJUS ARAE MAX
AUSTRIACA ADHUC PIETATE SUBJACENT
OPTATAM DIEM EXPECTANTUM
CAROLUS CAESARUM MAX. IN VOTIS HABUIT
PHILIPUS II. REGUM PRUDENTIS ELEGIT
PHILIPUS IV
CLEMENTIA CONSTANTIA RELIGIONE MAGNUS
AUXIT ORNAVIT ABSOLVIT
ANNO DOM. M.DC.LIV

He aquí los cadáveres reales que yacen en el Panteón:

Al lado del Evangelio.

El emperador Carlos V, m. en 21 de Septiembre de 1558.
El Señor Don Felipe II, m. en 13 de Septiembre de 1598.
El Señor Don Felipe III, m. en 31 de Marzo de 1621.
El Señor Don Felipe IV, m. en 17 de Septiembre de 1665.
El Señor Don Carlos II, m. en 1.º de Noviembre de 1700.
El Señor Don Luis I, m. en 31 de Agosto de 1724.
El Señor Don Carlos III, m. en 14 de Diciembre de 1788.
El Señor Don Carlos IV, m. en 19 de Enero de 1819.
El Señor Don Fernando VII, m. en 29 de Septiembre de 1833.

Al lado de la Epístola.

La emperatriz Doña Isabel, única mujer del Emperador, m. en 1.º de Mayo de 1539.
La reina Doña Ana, cuarta mujer de Felipe II, m. en 26 de Octubre de 1580.
La reina Doña Margarita, única mujer de Felipe III, m. en 3 de Octubre de 1611.
La reina Doña Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV, m. en 6 de Octubre de 1644.
Doña Mariana de Austria, segunda mujer de Felipe IV, m. en 16 de Mayo de 1696.
Doña María Luisa de Saboya, primera mujer de Felipe V, m. en 14 de Febrero de 1714.
Doña María Amalia de Sajonia, única mujer de Carlos III, m. en 27 de Septiembre de 1760.
Doña María Luisa de Borbón, única mujer de Carlos IV, m. en 2 de Enero de 1819.

En este Panteón principal se entierran solamente los reyes coronados y reinas que hubiesen dejado sucesión. Las demás reinas, y juntamente los príncipes é infantes, se depositan en otro entierro inmediato, llamado Panteón de Infantes, poco notable en su forma, y que contiene en sus nichos sesenta y tantos cuerpos de personas reales, entre ellos el del príncipe Don Carlos, hijo primogénito de Felipe II; la reina Doña María, su madre; Don Juan de Austria, hijo del emperador Carlos V; el archiduque Carlos de Austria, cuñado de Felipe III, Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV; el duque de Vandoma; Don Luis José, hijo natural de Luis XIV; la reina Doña Mariana de Neoburg, mujer de Carlos II, y las tres primeras esposas de Fernando VII, etc.

EL NIDO

I



CON sus grandes ojos garzos, su pelo rubio y su carita algo tostada del sol, pero fresca, graciosa y rozagante como suelen tenerla siempre las niñas de diez á doce años que se crían lejos de la apestosa atmósfera de las ciudades, Mari-Cruz no dejaba en la huerta de su casa rincón por escudriñar, siendo muchas veces la pesadilla del hortelano, que no podía tumbarse media hora bajo un árbol á echar el interminable cigarro, ni arrojar por encima de las tapias algunas hortalizas para recogerlas luego y venderlas por su propia cuenta, sin encontrarse á lo mejor con la chiquilla, á cuya perspicacia no se escapaban las gandulerías ni los hurtos del buen hortelano.

Cierto día que Mari-Cruz revoloteaba por la huerta, ya observando si empezaban á madurar algunos albaricoques, ya viendo si podía llenar el delantal de legumbres sazonadas para ofrecérselas á su madre, notó que entre las ramas de un árbol se movían unas alitas muy menudas y piaban unos piquitos muy abiertos, mientras un pájaro llegaba volando á traer alimento á aquellos inquietos bicharracos.

— ¡Un nido! ¡un nido! — gritó Mari-Cruz palmo-teando y saltando de alegría.

El hortelano, que estaba cerca, levantó la cabeza é hizo un gesto de desdén, como quien no comprende que se pueda alegrar nadie por ver un nido.

— Mira, zamarrón — dijo Mari-Cruz al hortelano — ten cuidado de que no lo toque nadie, y dile á tu hijo Camilo que no éntre por aquí mientras estos pajarillos no puedan volar á sus anchas.

— ¡Camilo! ¡Sí! Entrará sin permiso cuando se le antoje. ¡Bueno es él para quebrar su voluntad...!

— Pues como haga alguna de las suyas, cojo una piedra y se la tiro á la cabeza — repuso Mari-Cruz con un brío que aumentaba la gracia y la expresión de su hermoso semblante.

El hortelano se encogió de hombros y se alejó á hacer como que había un nuevo regato en un bancal de tomates.

Mari-Cruz quedó embelesada contemplando el dulce espectáculo de aquella familia menuda, cuya felicidad se encerraba en el breve término de unas cuantas docenas de pajas hábilmente tejidas sobre la juntura de dos ramas, formando un nido.

Vea que el macho y la hembra hacían viajes alternados para traer en el pico granos y simientes que ponían con cariñoso esmero en el pico de sus hijuelos, y aquella solicitud paternal le conmovía

tanto como si se tratara de personas queridas que se desvivieran por los tiernos pedazos de su corazón.

Desde aquel día, todos, sin faltar uno por mañana y tarde, se pasaba horas enteras mirando al nido y siguiendo con grande interés los movimientos de aquellos pequeños seres que ofrecían á la consideración de la niña los encantos, las ternuras y las solicitudes del amor de la familia impuesto por Dios á todo lo que vive y se reproduce sobre la tierra.

Un nido es un hogar caliente, pacífico y amoroso, donde penetra sonriendo el primer rayo de sol para despertar á los padres que corren en busca del alimento cotidiano por valles y colinas.

Un nido es el poema de la estación más hermosa del año, en que surge la vida por todos los poros de la creación: la síntesis casi microscópica de la existencia universal: una fuente copiosa de esperanzas sostenidas por un conjunto de tiernas realidades: es el amor obedeciendo las leyes supremas del Padre amantísimo que está en los cielos...

Mari-Cruz no podía meditar sobre aquel fenómeno ordinario y común que acaso había visto muchas veces en años anteriores, aunque sin impresionarle tan vivamente como ahora; pero en cambio sentía en el corazón latidos extraños, goces nuevos, delicadezas nunca imaginadas, y tal afán por participar en cierto modo de la dicha que se encerraba en la dulce mansión de los alegres pajarillos, que más de una vez se enjugaba las lágrimas que corrían por sus mejillas abajo, sin saber por qué.

Era un gusto ciertamente ver cómo aleteaba la madre puesta sobre el borde del nido cuando con su pico daba de comer á los desnudos polluelos que por su parte estiraban ansiosamente el pescuezo y movían sus alitas implumes, disputándose el grano que la madre les traía.

En otras ocasiones el padre vigilaba los alrededores del árbol, temiendo que alguna alimaña asaltase el nido; y entonces Mari-Cruz, comprendiendo los temores del pájaro, le ayudaba en su tarea, y procuraba espantar todo enemigo de aquella honrada familia que había tomado bajo su infantil y generosa protección.

Yo no sé si Mari-Cruz, á fuerza de reflexionar sobre el nido, llegó á entender que nada hay en el mundo como la ternura paternal: no sé si allá en la intimidad de su conciencia recordó que también sus padres se habían desvivido por ella, como los pájaros por sus polluelos, y que su gratitud y cariño debían ser no menos hondos y desinteresados que lo habían sido el amor de sus padres; pero sí sé que un día, no acertando sin duda á expresar concretamente la índole de los sentimientos que la dominaban, exclamó delante del hortelano:

— ¡Quién fuera pájaro!

II

Camilo era un muchacho de muy mala sangre. No había más que verlo para comprender que detrás de aquella cara cobriza y enjuta, siniestramente iluminada por dos ojos que nunca miraban sino de soslayo, se ocultaba un espíritu avieso capaz de dar abrigo á las pasiones más bajas y más violentas.

Una tarde se fué á acompañar á su padre á la huerta, y por dónde hizo el diablo que tropezase también con el nido.

A los muchachos en general les seduce siempre la idea de coger un nido. Nada de extraño tiene que Camilo se pusiese loco de contento al ver que podía atrapar uno en la huerta que su padre cultivaba.

Comenzó, pues, á encaramarse por el árbol arriba, cuando su padre le gritó desde lejos:

— ¿Adónde vas, condenado?

— Á coger un nido que hay en este árbol.

— Me lo figuraba — repuso el hortelano. — Pero sábetelo que Mari-Cruz ha dicho que si tocas el nido va á tirarte una piedra á la cabeza.

— ¿A mí? — dijo Camilo rechinando los dientes. — Por lo mismo lo voy á coger. Mari-Cruz me tiene tirria; pero no sabe ella todavía quién es Camilo.

Y siguió gateando por el árbol, mientras su padre le echaba pestes, aunque sin dar un paso para que el muchachote no se saliera con la suya.

El cual llegó al punto en que se encontraba el nido, precisamente cuando la hembra volvía muy regocijada á dar de comer á sus polluelos. Ver al muchacho cerca del nido y lanzar chirridos lastimeros revoloteando cerca del árbol con todas las señales del mayor espanto, fué todo uno.

La infeliz no sabía qué hacer. Unas veces se aproximaba á Camilo como si quisiera sacarle los ojos; otras se alejaba desolada pidiendo socorro al cielo y á la tierra contra aquel bárbaro que iba á destruir el objeto de sus amores.

Pero Camilo, despreciando los acentos de dolor

de la madre desesperada, extendió su grosera manaza, cogió el nido, metiéndoselo campechanamente en el bolsillo con pajas, polluelos y todo.

Cuando dos horas más tarde bajó Mari-Cruz y vió la rama vacía, adivinó por las pocas palabras del hortelano lo que había sucedido, pateó, gritó y se mesó los cabellos, y cogió la piedra con que se había propuesto romper la cabeza á Camilo; pero siendo el dolor más fuerte que la ira, acabó por romper á llorar amargamente, diciendo entre sus sollozos:

— ¡Infame! ¡Si no podía hacer cosa buena! ¡Ojalá conozca algún día todo lo que él me ha hecho sufrir hoy!

III

Diez años después, Mari-Cruz era una joven encantadora, fresca como una mañana de Abril, colorada como la flor del granado, y buena como el pan que se gana honradamente.

Camilo, mocetón de veinticuatro años, seguía con su mala sangre de siempre. Su aspecto exterior había mejorado bastante, y aun podía pasar en cualquier parte por buen mozo. Pero su mirada aviesa, sus cejas nubladas y sus labios contraídos no eran para conquistar las simpatías de nadie.

El audaz mozo se había atrevido á hacer alguna insinuación amorosa á Mari-Cruz, á pesar de la distancia que á ambos separaba. Pero habiendo visto que á Mari-Cruz le era tan profundamente antipático de hombre como de muchacho, resolvió utilizar su buena figura enamorando á una labradora rica, pero fea y emparentada además con gente de mala fama. Un hermano de su padre había estado en presidio, y la voz pública decía que también el padre hubiera seguido la misma suerte, si el escribano no le hubiera favorecido en las actuaciones.

Todo esto le importó poco á Camilo, que no tenía más afán que dar en ojos á Mari-Cruz con una mujer tan rica como ella, ya que no tan buena y tan hermosa.

Mari-Cruz se casó en el mismo año con un joven forastero, que había concluido recientemente la modesta carrera de perito agrimensor, y que lleno de honradez y de esperanza se proponía conquistar una buena posición para su mujer, de quien estaba tiernamente enamorado.

Formaron, pues, Mari-Cruz y Camilo sus nidos correspondientes, como los pájaros en la primavera. Quizá ninguno de los dos recordaba ya aquel otro nido de la huerta, que tan triste fin tuvo en manos del bárbaro Camilo.

Pero el nido de Mari-Cruz era verdaderamente el nido de la ternura y de la paz. También el primer rayo de sol despertaba á la feliz pareja que al año se desvivía por aumentar su hacienda para una hijita rubia con que Dios había bendecido su matrimonio.

Camilo no gozaba de tanta dicha. Su mujer, acre y celosa, no le daba un día de tranquilidad y de cariño. A cada momento andaban los bártulos por el aire; y más de una vez tuvo Camilo que defenderse á bofetada limpia de los improperios y amenazas de su mujer. Así y todo, el matrimonio no fué estéril. Aquel revuelto y espinoso nido tuvo también su polluelo, como el de los buitres. Sólo que no era fruto de un amor noble y constante, y por eso sin duda el chiquillo nació fecho como la madre, y enfermizo y escrofuloso como el espíritu del padre.

La niña de Mari-Cruz era un encanto, y no había vecina, amiga ni conocida que no pidiera permiso para besarla, llenándola luego de piropos y bendiciones.

Al pobre chiquillo de Camilo nadie le hacía caso ninguno, ni su propia madre, que le dejaba horas enteras desgañarse solo en la casa, mientras ella iba á seguir los pasos de su marido, á quien cada vez atormentaba más con sus celos.

En cambio, Camilo — dicho sea en honra suya — quería mucho á su hijo; pero de tan mala manera, que llegó á cobrar odio mortal á la hija de Mari-Cruz, sólo porque era objeto de las caricias de todo el mundo.

Esta envidia, agravada por el recuerdo de los desdenes de Mari-Cruz, encendió en el pensamiento de Camilo una idea horrible. Al principio la rechazó como una sugestión del mismo Lucifer. Pero la idea, no menos tenaz que la mariposa que vuela al rededor de una luz, seguía revoloteando siempre en su cabeza... Se alejaba y volvía... Se alejaba de nuevo, y otra vez con más fuerza volvía á revolotear la idea...

Al fin ya no se alejó. La idea tomó asiento definitivo en el alma de aquel desventurado, y despierto y durmiendo, y comiendo y trabajando no pensaba en otra cosa.

Los gruñidos de su mujer no le hacían mella. A

sus impertinencias contestaba con un encogimiento de hombros, ó con una fría sonrisa de desdén.

La mujer llegó á sospechar que Camilo tramaba alguna cosa extraordinaria, y como ella todo lo veía por el color de sus celos, supuso que era un enredo amoroso lo que turbaba la imaginación de su marido. Pero al mismo tiempo le parecía raro que éste cogiera muchas veces á su hijo, y lo besara y lo acariciara con una efusión que no era muy propia de su natural arisco, reservado y grosero.

Extrañábase también la frecuencia con que Camilo iba á ver á aquel tío que había estado en presidio, en cuya compañía daba largos y solitarios paseos, tanto más chocantes, cuanto que entre ambos no debía haber asunto importante que tratar.

— ¿Qué ocurre? — se preguntaba la recelosa mujer de Camilo. — ¿Por qué se junta ahora tanto con mi tío? ¿Querrá desorientarme para pegármela sobre seguro? Pues se equivoca: yo no le perderé de vista.

IV

Poco después de oscurecer, y no bien acababan de cenar Camilo y su cónyuge, dijo aquél:

— Esta noche vendré algo tarde, y para que no te incomodes en esperarme, lo mejor será que te acuestes, y yo me quedaré en casa de tu tío.

— ¿Pues qué negocio traes para trasnochar de esa manera? — preguntó la mujer más recelosa que nunca.

— Ya lo sabrás — contestó Camilo. — Es cosa de... de política, y por ahora conviene andar con mucho secreto.

— ¿De política? — repuso ella con retintín.

— De política, sí; y con esto he dicho de sobra. Y no me preguntes más, porque no has de sacar más de mí.

La mujer comprendió que la resolución de Camilo era tan irrevocable, que el contrariarle podía ser causa de gravísimo tropello. Y como ella, por su parte, tenía también formado su propósito, se calló como una muerta, y dejó que Camilo se marchase de casa, perdiéndose entre las sombras de la noche por unos callejones adelante.

Pero no bien puso Camilo los pies en la calle, ya su mujer estaba sobre su pista, dejando al chiquillo durmiendo en una desvencijada cuna y una luz sobre la silla inmediata, para que no se creyese que quedaba la casa sola.

Camilo dió vuelta á unos corrales, seguido siempre de su mujer, y se encontró en las afueras del pueblo con un hombre que le esperaba y que, indudablemente, era el ex presidiario.

Hablaban muy bajo y, como la mujer de Camilo se quedó agazapada junto á los corrales, no pudo oír ni palabra de la conversación.

Lo que hablaron, sin embargo, fué muy poco, aunque de mucha sustancia.

— ¿Estás seguro, — dijo el hombre, — de que en casa de Mari-Cruz hay la cantidad que me has dicho?

— Seguro, — contestó Camilo. — Hoy ha recibido tres mil duros, que tiene que entregar mañana á los contratistas de la carretera. Ya sabe usted que es el encargado de estas cosas.

— Y ¿cómo vamos á entrar? ¿Has conseguido apoderarte de la llave que da á la huerta?

— ¿Había de ser mi padre el hortelano de la casa desde que yo nací, y había de costarme á mí mucho trabajo tener la entrada franca? Entraremos por la huerta; nos quedaremos, hasta que se acueste el matrimonio, en el cuarto de los arreos, que está junto á la cuadra, y por una escalera interior, que yo conozco, subiremos al mismo dormitorio sin peligro ninguno.

— Pues andando.

— Echaremos antes una copa en la taberna de Franchó. Así sospecharán menos de nosotros.

Fuéronse á la taberna, seguidos siempre de la mujer de Camilo, que no los perdía de vista, y al cabo de un buen rato, salieron y tomaron la dirección de la huerta de Mari-Cruz, por el lado de un postigo que daba al campo.

Camilo abrió la puerta, sin temor al ladrido de los perros, que le conocían más que al amo de la casa, y atravesando la huerta de punta á punta fué á ocultarse, acompañado del ex presidiario, en el cuarto de los arreos.

Al atravesar la huerta Camilo, pasó junto al árbol donde diez años atrás estaba el nido que él destruyó por odio á la felicidad ajena y por disgustar á Mari-Cruz.

Ahora asaltaba otro nido más santo á impulso de los mismos odios, porque ya había sospechado el lector que á Camilo no le movía el deseo del robo, sino la sed de venganza. El robo era un pretexto. La venganza de Camilo no podía satisfacerse con



SEPULCRO DEL INFANTE DON ALFONSO EN LA CARTUJA DE MIRAFLORES (SIGLO XV), OBRA DE GIL DE SILOE.

quitar dinero: necesitaba, sobre todo, ahogar en la cuna á la hermosa niña que Mari-Cruz amaba como á un ángel enviado por Dios para alegrar su vida.

Los tigres no gozan más que con sangre, y Camilo era un tigre. El ex presidiario mismo se hubiera horrorizado al saber los verdaderos propósitos del marido de su sobrina. Aquel ladrón de oficio se hubiera juzgado hombre de bien al compararse con un asesino de criaturas inocentes.

Cerca de dos horas estuvieron encerrados en el cuarto los dos bandidos, esperando que todo el mundo durmiese tranquilamente en la casa. La mujer de Camilo, con no menor tenacidad, se acurrucó en el postigo de la huerta, y allí estuvo aguardando el fin de aquella aventura, cuyo objeto no acababa de adivinar completamente, aunque el presentimiento le indicaba que se iba á cometer un crimen.

Salieron, por fin, los malhechores de su escondi-

te; subieron por la escalerilla interior que conducía al pasillo principal de las habitaciones superiores, y halláronse frente á la puerta del dormitorio del matrimonio y la niña.

Camilo cerró todas las avenidas para que, en caso de una sorpresa, quedara libre la escalerilla por donde huir antes que nadie acudiera en socorro de los amos de la casa.

Abrió luego, con gran tiento, la puerta del dormitorio, y entró como el lobo en el redil.

Estaba convencido que el ex presidiario amordazaría al matrimonio, mientras Camilo desvenajaba la cómoda y sacaba el dinero. Camilo cogió, pues, de la mano á su tío, y lo llevó junto á la cama donde dormía el matrimonio, mientras él en vez de ir á la cómoda, se acercaba á la cuna de la niña.

El ex presidiario, hábil en estas operaciones y forzado como un toro, arrojó una manta sobre la cara

de Mari-Cruz y su marido en el momento en que se despertaban; de modo que sin tiempo para lanzar un grito, ni para saber qué es lo que ocurría, se encontraron sujetos y amordazados.

Camilo puso la mano sobre la cabeza de la niña, y, aunque sintió un estremecimiento singular en todo su cuerpo y latidos extraños en el corazón, no vaciló: cogió la cara de la niña con una mano, y con la otra le buscó el pescuezo para ahogarla.

Pero en aquel instante mismo, una gritería espantosa que se levantó en la calle, y que puso en pie á todos los criados de la casa, paralizó los movimientos de Camilo y aterró al ex presidiario.

— ¡Estamos perdidos! — gritaron á una; y rápidos como el rayo huyeron por la escalerilla sin tropezar con alma viviente.

Los gritos aumentaban. Camilo y el presidiario salieron de la huerta, y repuestos un poco de su espanto, al ver que nadie los había sorprendido, die-



LOS PRIMEROS FRÍOS.

ron la vuelta hacia la calle para enterarse de lo que pasaba.

Las gentes iban y venían sin orden ni concierto, pero entre sus gritos se distinguía perfectamente una palabra aterrador: la palabra ¡fuego!

Camilo tendió la vista por la calle abajo y vió una columna de humo y una llama que lamía los aleros de un tejado.

Todos los gritos que se habían lanzado hasta entonces parecieron nada en comparación de los dos que lanzó Camilo al comprender lo horrible del suceso.

— ¡Mi casa...! ¡Mi hijo...! — exclamó: y como un loco, salvó en un instante la distancia que le separaba de su casa.

La multitud se arremolinaba con intención de

apagar el fuego, que salía á llamaradas por todas partes.

La mujer de Camilo rugía como una fiera, y se arrancaba los cabellos, más de ira que de dolor, al ver que le era imposible penetrar en aquel espantoso brasero.

Camilo no vió nada, y arrollando á aquella masa de carne que se movía junto á su puerta, se arrojó como un desesperado en medio de las llamas, gritando siempre: ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Cinco minutos después, Camilo aparecía de nuevo en la puerta con un bulto entre los brazos, y ardiendo por todas partes, como un aborto del infierno.

El horror se pintó en todos los semblantes. Camilo traía carbonizado á su hijo, y él mismo no era más que una pura llaga desde los pies á la cabeza.

La mujer cayó al suelo como muerta de espanto. Camilo, con las fuerzas agotadas y rendido á los dolores de sus horribles quemaduras, soltó el cuerpo inerte de su hijo, y cayó también en tierra sin conocimiento...

Vivió tres días, y confesó el crimen que había intentado cometer.

Mari-Cruz, al saber el tremendo suceso, recordó el nido de la huerta, y la exclamación que ella misma había lanzado diez años antes.

— ¡Pobre Camilo! — dijo entonces para sí. — ¡Cómo ha conocido al fin lo que es la desolación en el hogar! ¡Qué Dios le perdone!

VALENTÍN GÓMEZ.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Y LOS ARTISTAS ESPAÑOLES



En la fértil isla de Patmos, un anciano sufría las penalidades del destierro y de los trabajos en las minas por orden del emperador Domiciano. Había visto morir á Jesús; lo vió resucitado; había asistido con amor de hijo á María, hasta el instante en que la Madre de su Maestro durmió el dulce sueño de la bienaventuranza; había contemplado la coronación y trágico fin de los tiranos que se sucedieron en el solio de los Césares de Roma, y el martirio de los demás apóstoles de Cristo y de sus primeros discípulos; había sobrevivido á dos generaciones de déspotas, de filósofos, poetas y oradores, de impiedades y perversidad de costumbres de los pueblos paganos, en los que empezaba á penetrar la luz esplendorosa del Evangelio.

Os hablo del discípulo amado de Jesús, de aquel á quien la Iglesia ha hecho pintar siempre en la lozanía de la juventud para que recordemos que su imaginación fué juvenil constantemente, aun en medio de la edad más avanzada: de San Juan Evangelista, en fin.

La inspiración divina descendió hasta él: allí, en Patmos, al experimentar el rigor de las tribulaciones, tuvo la revelación de las de la Iglesia; allí escribió el libro del Apocalipsis en sublimes profecías y en misterioso y alto estilo.

Entre lo que descubrió con su mirada de águila, se halla lo siguiente:

«Y apareció una gran señal: una mujer cubierta del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.»

La piedad cristiana desde los primeros siglos de la Iglesia comenzó á entrever el misterio de la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios, y algunos en las palabras de San Juan citadas hallaban una declaración alegórica.

Cayó el poder del Imperio romano. España fué oprimida de las bárbaras naciones del Norte, y al cabo venció á sus conquistadores por medio de la religión y la sabiduría.

Aquella rama de Prelados insignes, los Leandros, los Isidoros, los Julianos, los Fulgencios, los Ildefonsos, todos, en fin, cooperaron á la civilización del pueblo y al engrandecimiento de la fe.

Desde esos tiempos, sí, despiértase en los ánimos de la nación española el afecto á proferir las más dulces y sentidas alabanzas de María, confiándose á su intercesión poderosa. Y ¿cuál fué la principal de todas? La que reconocía su Concepción Inmaculada. A tal antigüedad se remonta el devoto afecto de los españoles hacia tan inefable misterio.

Oíd la voz de San Ildefonso, proferida desde su silla de Toledo:

«El que para mí fué Redentor, para Ti, ¡oh María! fué Hijo.»

«Si la carne de María nació de la masa de la primera prevaricación, ¿de qué manera el Verbo, que se hizo carne en su seno, no tuvo pecado? Porque el mismo Hijo de Dios, que encarnó en sus entrañas, se hizo sombra desde el principio, y rodeó como una nube á aquella Virgen que había de concebir por operación milagrosa del Espíritu Santo, y que había de quedar poseída toda de la virtud del Altísimo... ¿Y cómo no se había de concebir sin el pecado original aquella Virgen que el Espíritu Santo llenó de su gracia?»

Cayó á su vez la monarquía goda: los sarracenos invadieron la Península; comenzó la lucha de siete siglos, en que más que la patria se defendía la religión. Buscad en los antiguos templos españoles las imágenes góticas y bizantinas; en muchas veréis el deseo de los artistas de representar la de María en su Concepción Inmaculada: una esbelta doncella, con real corona y juntas las manos en señal de la fervorosa oración con que invocaba al Señor.

Fúndase una religión de caridad por el famoso rey D. Jaime I de Aragón: la de la redención de los cautivos. Se declara que su fundadora es María, inspiradora del pensamiento á Pedro Nolasco, á Raimundo de Peñafort y al mismo rey D. Jaime: el hábito de los religiosos y de los caballeros de la Orden es el blanco, símbolo de la pureza de María.

Desde los primeros tiempos de la fundación, los religiosos entonaban sus rezos á María, celebrando este misterio: «Virgen María, no ha sido concebida otra semejante á Ti en el mundo entre las mujeres: floreces como la fragante rosa entre los lirios.»

Con estos tiernos loores se alentaban en sus esperanzas para penetrar en las ciudades africanas los religiosos y restituir á la amada libertad á los que gemían en cadenas y con el espíritu siempre en la fe de Jesucristo; con esas alabanzas, del más delicado sentimiento, se enardecían los caballeros de la

Orden para combatir á la morisma en los campos de Córdoba y Sevilla y en la vega de Granada; con esas mismas se entusiasmaban para pelear en las playas de Africa por la religión, y en las ciudades de Palestina para la recuperación del sepulcro del Redentor del mundo.

Don Juan I de Aragón, devoto singular de las excelsas glorias de María, dió en 1394 un privilegio en que declaraba que, habiéndola la Majestad divina predestinado para que, gozando sin corrupción los goces de ser Madre juntamente con la preeminencia de Virgen, fuese levantada por las cohortes de los santos, ángeles y hombres por su eterna Reina y Señora, ¿cómo podía faltar en la Concepción de su sagrado cuerpo alguna parte de pureza ó gracia?

¡Oh, el vencedor de Cerdeña, que reverenciaba con puro corazón á María, mandó celebrar perpetuamente en sus Estados esta festividad, y que en adelante no fuese lícito á persona alguna hablar contra la pureza de la Concepción de María!

Y tú, Vicente Ferrer, gloria ilustre de la Iglesia española, cuya elocuencia fué la admiración de tu siglo, para serlo después de las edades venideras, ¿qué viste en María para celebrarla en tan divinal misterio?

«La luz criada en el principio del mundo fué una sombra con que la Majestad divina quiso significar que la futura Madre del Hombre-Dios se había de concebir sin las tinieblas de la culpa. Dijo el Supremo Criador: *hágase la luz*, y al imperio de esta voz se formó puntualmente la luz. He aquí un bosquejo de la santificación de María. No penséis que fué criada como nosotros, que somos concebidos y nacemos en el pecado. Apenas se había formado su cuerpo y criado su alma cuando fué santificada. Por esto se hace la fiesta de su Concepción ó luz de santificación que se obró en la gloriosa Virgen, y los ángeles en el mismo momento celebraron su Concepción.»

Y la fe en este misterio crecía más y más en los españoles.

Y la reina Isabel la Católica da el ejemplo á su pueblo, y á las conquistas en el reino de Granada la acompaña su inquebrantable afecto á la pureza de María. Cristóbal Colón, al descubrir el Nuevo-Mundo y saludar por vez primera la segunda de las islas á que llegaron sus carabelas, le dió el nombre augusto de la Concepción.

Y doña Beatriz de Silva funda en 1511, en Santo Domingo el Real de Toledo, la religión de la Concepción Purísima.

Y en los tiempos de Carlos V y de Felipe II, el gran teólogo español, el Dr. Suárez, después de alegar cuantas pruebas de autoridad le sugirió su ciencia en defensa de la pureza de la Concepción de María, abandona la autoridad, y dirigiéndose á la razón, dice á los pueblos:

«¿Quién no se ha de persuadir que era decoroso y del todo conveniente que un Dios amante de la pureza, de la santidad y del honor, eligiese una Madre santa desde su creación? ¿Qué ignominia más contraria, qué esclavitud más opuesta al esplendor y á la nobleza de que era digna la Madre de un Hijo el más hermoso, el más noble y el más inmaculado, que aquella infamia heredada de la desobediencia del primer padre?»

¿Cómo se pintaba por estos tiempos el misterio de la Concepción Inmaculada?

Yo he visto una antigua tabla de Van-Dyck (por los años de 1500) representando á San Joaquín y Santa Ana bajo el dintel de una puerta dorada, contemplándose y saliendo de sus corazones dos troncos, que van á unirse, y en su unión apareciendo niña la Virgen María. Esto es por aquella antigua tradición que dice que, estando San Joaquín con su ganado en el campo y Santa Ana en su jardín, fueron uno y otra avisados por un ángel que se esperaran en la puerta dorada de Jerusalén, y que allí, con un abrazo de paz y con una salutación santa, desapareció la esterilidad de la Madre María.

Otros pintores y algunos escultores presentaban la Inmaculada Concepción de esta suerte: María teniendo en sus brazos al Niño Jesús y una azucena en la derecha mano en significación de su pureza y de que si la alcanzó fué por la dignidad de Madre de Dios.

Bien sé que me preguntaréis: ¿Y los grandes maestros de Italia? decid: ¿cómo retrataron á María en este divinal misterio? Rafael, el de las celebradas Vírgenes, Correggio, el pintor de las Vírgenes no menos celebradas; Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto, Tiziano, Tintoretto, Pablo Veronés, que sabían representarnos fielmente la belleza, que poseían todo el idealismo del arte y que los más estaban animados del más puro sentimiento cristiano, habrán dejado obras admirables en que hayan trazado este soberano misterio de la Concepción

de María. Trazad aquí una ligera idea de ellas para que sintamos al par de los grandes artistas italianos, que con ellos elevemos nuestras mentes á la Reina de los cielos; para que la contemplemos en la gloria que la preparó la mayor de las glorias; para ser madre de Jesucristo el deseado de las gentes y el Señor de los siglos.

¡Ah! me pedís un imposible. La representación de ese sublime y dulcísimo misterio no fué alcanzada por los maestros de la Italia del Renacimiento. No busquéis en Rafael, ni en Leonardo de Vinci, ni en Correggio, ni en Tiziano, el más ideal de los misterios de la Virgen para la pintura. Ellos, entusiasmados de la belleza, no supieron sentir el más bello de los asuntos. Estaba reservada esa gloria para los grandes artistas españoles.

Estos son los que alcanzaron esa gloria y los que dieron el ejemplo á los artistas de otras naciones. ¿Y por qué? Porque supieron sentir con más vehemencia la devoción y el cariñoso afecto á María; porque eran representantes de una idea, que era la constante y tierna idea de este pueblo, fiero en las lides, inquebrantable en la constancia porque peleaba por su patria y por su fe, y apasionado y enardecido en las obras de su inteligencia porque en la fe y en el amor de la patria buscaba siempre anhelo-so el fin de sus aspiraciones.

En Sevilla, un predicador, reinando Felipe III, puso en duda la pureza inmaculada de María en el instante de su Concepción. El pueblo, indignado, quiso por todos los medios desagraviar á María. Entonces Miguel Cid, ingenio de aquella ciudad de artistas, de poetas y de sabios, compuso aquellos famosos versos que empezaban:

«Todo el mundo en general
á voces, Reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original.»

Por calles y plazas se cantaba continuamente esta canción popularísima, y más popular entonces todavía.

Fr. Alonso Sobrino, de la Orden del Carmen, publicó en Sevilla un tratado de la Concepción; el P. Pineda, de la Compañía de Jesús, escribió un libro de las advertencias del privilegio de D. Juan I de Aragón en favor de esta fiesta de María; Fray Bartolomé de Loaysa, Fr. Miguel Ruiz, el Licenciado Melchor Zambrano, defendían en el púlpito el misterio, y Fr. Damián de Vegas escribía en coplas su tratado de la *Pura, limpia é inmaculada Concepción*; enviaban los cabildos de Sevilla al Pontífice y al Rey mensajes en su defensa, hasta conseguir que Su Santidad impusiese silencio á la opinión contraria.

El gran pintor Juan de las Roelas, siguiendo la general devoción, comenzó á pintar cuadros de la Concepción de María. Siguióle el célebre Francisco Pacheco, maestro y suegro de Velázquez, poeta como Herrera y Jáuregui, pintor también, teólogo como Rioja, poeta igualmente y amigo y admirador de los artistas y de los hombres de condición y de ingenio.

Entonces un niño acababa de recibir el agua del bautismo en su patria, la ciudad fundada por Hércules y conquistada por el santo rey Fernando con el auxilio del valor de Garci-Pérez de Vargas. Y mientras que ese niño crecía, ignorante de la gloria que le estaba destinada en las regiones del arte, Francisco Pacheco le facilitaba, sin saberlo, el camino.

Pacheco vuelve la vista hacia la isla de Patmos: recuerda al discípulo amado de Cristo, á San Juan, y con este recuerdo repite aquellas palabras: «Y apareció una gran señal: una mujer cubierta del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.»

—«He aquí la imagen — dijo — de María en su Concepción Inmaculada.»

Y la transmitió repetidamente al lienzo con aplauso de sus contemporáneos. Y en una de ellas representó al pie de la Virgen al poeta Miguel Cid, que perecía repetir ante la imagen aquellos versos:

«Todo el mundo en general
á voces, Reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original.»

Y en tanto aquel niño, desconocido para los pintores, iba adelantando en su edad y recibiendo las inspiraciones del pueblo de Sevilla, ferviente devoto de María Inmaculada.

Y con los de sus mismos años, y con sus padres y deudos, entonaba juntamente la célebre canción y oraba ante la imágenes de la Virgen concebida sin pecado, debidas al pincel de Roelas y de Pacheco.

Y más tarde, cuando Miguel Cid pasó á la otra vida á recibir de manos de ángeles la corona que

Dios destinaba á sus virtudes, presencié el espectáculo de su entierro, á que acudieron todas las comunidades religiosas, títulos, caballeros y pueblo de Sevilla, y los niños cantando á coro su copla celebrada en honor de María.

Y también vió depositarse en la Santa Iglesia Catedral el cuerpo de Miguel Cid, y mientras el clero entonaba el oficio de sepultura, subir á la Giralda multitud entusiasta; interrumpir el doble y echar á vuelo las campanas en significación piadosa de que Miguel Cid, como cantor de la gloria de María en su *Pura y limpia Concepción*, no podía menos de ser un santo.

De ese niño de que os hablo, ¿á qué callar el nombre si ya lo habéis adivinado? Ese niño era Bartolomé Esteban Murillo. Sí, Bartolomé Esteban Murillo. Dedicóse cuando joven á las artes: aprendió con Juan del Castillo; pero anhelaba otra dulzura en su colorido, otra dulzura conforme con su alma, con su imaginación, con sus sentimientos de hombre y de artista.

Hasta que Murillo no creó su especial y agradable estilo, después de estudiar en la Corte las obras de Tiziano y Van-Dyck, no se sintió con fuerzas bastantes para pintar el misterio de la Concepción Inmaculada, objeto del tierno y fiel cariño de los días de su niñez.

Pintó, sí, tan alto misterio, teniendo presente la Concepción de Pacheco, al tenor de la inspiración de San Juan Evangelista, la mujer vestida del sol, con la luna á sus pies y coronada de estrellas.

Pero hizo más Murillo: colocó á María cercada de nubes, y en las nubes multitud de ángeles y serafines, á semejanza de algunas imágenes de Roelas y Pacheco.

Era el artista español que obedecía á la inspiración del sentimiento patrio: era Murillo agregando á la visión de San Juan Evangelista la de San Vicente Ferrer, que, como ya habéis oído, refiere «la luz de la satisfacción que se obró en la gloriosa Virgen, y que los ángeles en el mismo momento celebraron su Concepción.»

Pues vedla en las pinturas de Murillo celebrada por los ángeles, y celebrada, no en la tierra, sino en el cielo, para que lo que en el cielo se solemnizaba, nosotros los mortales solemnizásemos juntamente.

La belleza de María en los cuadros de Murillo no es la belleza pagana de las de Rafael y el Correggio. Su ideal es el del puro misticismo español, que nada debe al arte de los gentiles: la belleza de la *Concepción* de Murillo es la de la mujer engrandecida por la gracia: no es una deidad que baja á la tierra, es la naturaleza de Adán la que Murillo nos presenta, naturaleza de Adán antes de la culpa, y los ángeles y serafines alegrándose al contemplarla y diciéndole: «Toda eres hermosa: Dios te salve, llena de gracia.»

¡Oh! si una de las mayores glorias de la nación española en materia de fe es siempre haber defendido el misterio de la Concepción Inmaculada, una de las más excelsas glorias de nuestros artistas es haber transmitido al lienzo el pensamiento de San Juan Evangelista.

El trazó en Patmos el ideal de María en su Concepción: Roelas y Pacheco lo comprendieron; Murillo lo realizó con maravilloso estilo. Al pincel de los italianos, flamencos y alemanes estuvo negado representarnos admirablemente este misterio de aquella que fué antes santificada que nacida.

Y cuando vemos que la atención de los extranjeros más sabios ó entendidos se fija en una de las *Concepciones* de Murillo, y que ante ella se extasia, y que todos celebran aquel encanto del colorido, aquella transparencia de tintas, aquella nobleza de los ángeles y aquella hermosura de María con la expresión de la más inmaculada pureza, no podréis menos de convenir conmigo en que esa maravilla inimitable y reconocida procede de que en esas obras se ve á la España verdaderamente española llevando al último extremo el ideal de la fe.

En la esplendente creación de María, preservada del pecado original, empieza la obra de la libertad del linaje humano que termina en el Gólgota.

Todavía en medio de la tempestad del siglo, de la incredulidad, de la ignorancia y de la soberbia, hace palpar nuestros corazones en amor y esperanza la contemplación de las obras de Murillo representando la Concepción Inmaculada.

¿Qué es esto, señores? ¿Es la ilusión de nuestros sentidos? ¿Es el halago de nuestra fantasía? ¡Oh! no: no lo dudéis: hay algo más grande que la magia del colorido de un eminente artista: es que ese eminente artista nos retrata con pincel sublime que no hay nada imposible al querer de Dios.

Cada *Concepción* de Murillo es un poema de bendición y de dulzura, de gratitud y de esperanza.

ADOLFO DE CASTRO.

ARBITRAJE Y MEDIACIÓN DE LOS PAPAS

APUNTES HISTÓRICOS

(Continuación.)



ERAN las condiciones interiores de Portugal en 1245 bastante desdichadas, tanto que los señores de aquel reino se dirigieron al Pontífice Inocencio IV en queja contra su rey, al cual acusaban de negligencia en castigar los delitos; de consentir que se robasen los bienes de los particulares, se causasen incendios, se arrebataren mujeres y se tolerase la destrucción de los castillos y de las tierras del reino, y de que los sarracenos de las fronteras usurpasen las tierras de los cristianos. Inocencio escribió varias cartas á aquel rey, que se llamaba Sancho II, hombre debilísimo, gobernado por su mujer Mencía, hija de Lope de Haro, señor de Vizcaya, la cual, sin que el marido lo supiese, disponía de todo á su talento. Las convenciones del Papa no produjeron efecto alguno; los abusos y los desórdenes continuaron cada vez peor, y los portugueses dirigiéronse al Papa de nuevo, protestando que no podían ya resistir más tiempo. Inocencio IV dirigió entonces una Bula á los barones y á todos los pueblos del reino de Portugal. Decíase en ella que, deseando realzar el reino merced á la buena conducta de un hombre sabio, se ordenaba á todos los portugueses que aceptasen á Alfonso, conde de Bolonia, hermano del mismo rey Sancho; que le prestasen obediencia y le entregasen todas las rentas del reino, bajo pena de censura. En dicho documento añade el Papa: «No pretendemos quitar el reino al rey ó á su hijo legítimo, si lo tiene, sino sólo proveer á su conservación y á la del reino durante su vida.» La decisión del Papa fué aceptada por Portugal, y más tarde, esto es, en 1248, habiendo muerto el rey Sancho sin sucesión, Alfonso fué reconocido por rey de Portugal, donde continúa reinando su dinastía.

Inocencio IV resolvió otra cuestión. Viendo el rey Bela de Hungría devastado su reino por los tártaros, sin esperanza de auxilio, declaróse vasallo de Federico II, con la condición de que defendiese su reino y mandase á él un ejército con su hijo Federico. No mandó á nadie; pero Bela tenía motivos para temer que Federico intentase abusar de esta circunstancia para pretender que el reino de Hungría fuese feudatario del Imperio romano. Con este motivo se recurrió al arbitraje del Papa, el cual, examinadas á fondo todas las circunstancias, contestó que, no habiéndose cumplido las condiciones, no podía considerarse hecha la cesión. Observó que en las circunstancias extremas en que se encontraba aquel reino, Federico estaría obligado, como todos los demás cristianos, á socorrerle sin promesas ni condiciones algunas. Por consiguiente, el Papa, oído el parecer de los Cardenales, declaró, en carta del 24 de Agosto de 1245, que quedaba desligado el rey de su juramento y su homenaje.

Corría el año 1279, y malos eran los vientos que corrían para Italia. La ira de las facciones armaba las ciudades unas contra otras y familia contra familia. Nicolás III pensó poner remedio á este mal y, por lo tanto, encargó al Cardenal Latino, Obispo de Ostia, de una delegación para las Romanías, en la Marca de Ancona, en la Toscana y Lombardía, encargándole, especialmente, que reconciliase las facciones y las ciudades, y estableciese la paz entre familia y familia. Igualmente le autorizó para que recibiese en el seno de la Iglesia á cuantos hubiesen sido excomulgados, como los gibelinos, y á no hacer excepción entre los partidos. El Cardenal Latino empezó por la Romanía, donde encontró á los geremeos y los lambertacios de Bolonia, víctimas de una serie de combates. Predicó la paz á los lambertacios en Florencia y en Forlì, así como á los geremeos en Imola y en Bolonia, donde, reunidos varios comisarios de algunas facciones, presentóles un proyecto de acomodo ó de arbitraje, dictado por el mismo Papa, por el cual todos los desterrados con Lambertaci debían ser reclamados por Bolonia y repuestos en la completa posesión de sus bienes. Sólo algunos desterrados debían demorar un poco su regreso, hasta que fuesen calmados los odios; todas las propiedades tomadas por una y otra parte debían ser restituídas. Después de largas negociaciones, ajustóse la paz con las condiciones dictadas por el Papa. Ciento treinta y ocho familias gibelinas y ciento veinte güelfos firmaron aquella paz. En Florencia, donde los Adimaros estaban en lucha con Donatos, Tozzinghi y Pazzi, el Cardenal empleó cuatro meses en establecer una paz igual á la de Romanía, y la paz, con condiciones casi semejantes, fué restablecida en Siena y en la Marca de Ancona.

De esta manera la Italia vió calmados todos los rencores y puesto término á tanto derramamiento de sangre.

A semejanza de Nicolás, procuró Bonifacio VIII propagar donde quiera la paz. Así se vió en 1291 predicar á todo el mundo para que cesasen las discordias que á cada paso renacían en Italia, y establecer la concordia entre Felipe, rey de Francia, y Eduardo, de Inglaterra, que se combatían encarnizadamente. Intervino después para disuadir á Alfonso, rey de los romanos, que asaltase con las armas á Francia, y aniquiló á fuerza de paciencia las facciones que asolaban á muchas ciudades cristianas. Después ajustó la paz entre Carlos II, rey de Sicilia, y Jacobo, rey de Aragón, con la cesión por parte del segundo de sus derechos sobre Sicilia. Y como algunos procuraban perturbar la paz, fulminó contra éstos la excomunión, concediendo, por el contrario, indulgencias á cuantos trabajasen para restablecerla ó orasen con esta intención. El año 1298, tres electores, el Arzobispo de Maguncia, el duque de Sajonia y el margrave de Brandemburgo, viendo que el rey Alfonso de Alemania, conde de Nassau, no quería seguir sus consejos en el gobierno del reino, pensaron en deponerle y en llamar en lugar suyo á Alberto, duque de Austria, hijo del difunto emperador Rodolfo de Absburgo, á quien no quisieron elegir primero. Alberto dirigióse al Papa Bonifacio VIII para que resolviese acerca de la deposición de Adolfo; pero el Papa negóse á ello, diciendo que no podía reconocer como rey á un rebelde que poco tiempo antes había rendido homenaje de fidelidad á su emperador, contra el cual quería entonces rebelarse. El Papa, en su consecuencia, no le reconocía como rey de los romanos, sino mucho tiempo después de muerto Adolfo, y también declaró entonces, en la Bula del 30 de Abril de 1303, que lo haría particularmente en vista de los méritos del difunto emperador Rodolfo.

Corría el año de 1317, y ardía la guerra entre Eduardo II, rey de Inglaterra, y Roberto de Bruce, rey de Suecia. El Papa Juan XXII, movido por aquel triste espectáculo, ofreció su mediación para restablecer la paz entre ambos contendientes. Sin embargo, no quiso al principio saber por qué el Papa le llamaba en sus cartas sólo gobernador de Escocia, y no rey. Los delegados del Papa le hicieron observar que, siendo este último título precisamente el motivo de la dificultad, el Papa no podía resolverla anticipadamente concediéndoselo. Trabajóse todavía en ajustar una tregua, y poco después intentáronse otras, hasta que, después de veintitrés años de guerra, se convino, merced á las prisas que se daba el Papa, en una suspensión de hostilidades durante trece años.

Cuando, tiempo andando, Eduardo III de Inglaterra conoció, al salir de la menor edad, la vergonzosa conducta de su madre Isabel, y que fué ésta, ayudada por su amante Mortimero, la que hizo peccer miserablemente á su marido, hizo ahorcar á Mortimero, reo convicto, á pesar de los clamores y las lágrimas de Isabel, y estuvo á punto de someterla á ella á un juicio público semejante. Entonces fué cuando el Pontífice Juan XXII, el cual hacía mucho tiempo que preveía este desenlace, se interpuso, escribiendo al rey y aconsejándole que perdonase á sus prisioneros y que no divulgase la vergüenza de su madre, sino que la ocultase cuanto pudiese. También escribió sobre este punto á la reina Felipa, mujer de Eduardo, al conde de Lancaster, á Guillermo de Montaign y al Arzobispo de Cantorbery.

Eduardo cedió y desterró á su madre, encerrándola en un castillo. Fué después tan agradecido al Papa por su oportuna mediación, que le consultó acerca de la conducta que debía observar en su gobierno, y el Papa contestóle por medio de una carta del 10 de Agosto de 1329, que contenía suavisimas instrucciones. Lo mismo hizo con el hijo de Roberto de Bruce, que le sucedió en el trono de Escocia. No se detuvo tan sólo á este rey la acción moderadora del Papa Juan XXII. En 1316, Ladislao Loctec, duque de Cracovia, mandó que se pidiese á Juan que restableciese en su favor la dignidad real, en atención á que la mayor parte de los ducados de Polonia habíanse reunido ya en su persona, y él estaría mejor en disposición de resistir á los que hacían correrías en Polonia, particularmente los caballeros de Prusia, los cuales acababan de posesionarse entonces de la Pomerania; pero también éstos se dirigieron al Papa, y al mismo tiempo expidieron emisarios al rey de Bohemia, excitándole á que hiciese valer sus pretensiones sobre Polonia. Como consecuencia de ello, éste envió también delegados al Papa para defender su propia causa. Largo tiempo duró la controversia, y el Papa, por razones de prudencia, sólo pronunció una interlocuto-

ria, con la cual, manifestando que quería conservar á cada uno su propio derecho, juzgaba deber abstenerse entonces de toda resolución. Los señores y la nobleza de Polonia, así que recibieron la carta del Papa, fechada el 20 de Agosto de 1319, y oído el parecer del Obispo Gonardo, á quien precisamente habían enviado con aquella misión á Juan XXII, coronaron como á rey á Ladislao, que poco tiempo después fué tácitamente reconocido por el Papa. Los demás pretendientes se sometieron á este acto.

El mismo Papa intervino para calmar la lucha que ardía entre güelfos y gibelinos, particularmente la causada entre Visconti y Milano. Juan XXII había exhortado ya á la paz á todos los príncipes y pueblos italianos por medio de una carta fechada el 20 de Enero de 1317. Entonces escribió á Mateo Visconti, procurando persuadirle con dulces palabras á no causar daño á los brescianos, contra quienes combatía, y á éstos á que no le ofendiesen. Escribió después particularmente á los principales jefes de las facciones para traerles á la paz entre sí y el rey Roberto de Nápoles. Habiendo, por último, llegado á su conocimiento que el Obispo Isnardo fomentaba en Lombardía las discordias entre güelfos y gibelinos, suscitando cuestiones contra aquéllos, le depuso porque hacía vanos sus esfuerzos en favor de la paz.

E. SODERINI.

(Se concluirá.)

ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR POR LA DIVINA PROVIDENCIA PAPA LEÓN XIII, DONDE SE TRATA DE LA CONSTITUCIÓN CRISTIANA DE LA SOCIEDAD CIVIL.

Á TODOS SUS VENERABLES HERMANOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL ORBE CATÓLICO EN GRACIA Y COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA LEÓN XIII.

Venerables hermanos: salud y bendición apostólica.

QUERA inmortal de Dios misericordioso es su Iglesia; la cual, aunque de por sí y por su propia naturaleza atiende á la salvación de las almas y á que alcancen la felicidad en los cielos, todavía aun dentro del dominio de las cosas caducas y terrenales, procura tantos y tan señalados bienes, que ni más en número ni mejores en calidad resultarían, si el primer y principal objeto de su institución fuese asegurar la prosperidad de esta presente vida.

A la verdad, donde quiera que puso la Iglesia el pie, hizo al punto cambiar el estado de las cosas; informó las costumbres con virtudes antes desconocidas, é implantó en la sociedad civil una nueva cultura, que á los pueblos que la recibieron aventajó y ensalzó sobre los demás por la mansedumbre, la equidad y la gloria de las empresas.

No obstante, añeja es y muy antigua la acriminación, por donde se echa en cara á la Iglesia el que dicen su desacuerdo con la razón de Estado, y no valer nada para el bienestar y esplendor que toda sociedad bien ordenada lícita y naturalmente apeetece.

Sabemos que ya desde el principio de la Iglesia fueron perseguidos los cristianos con semejantes y peores calumnias; tanto que, blanco del odio y de la malevolencia, pasaban por enemigos del Imperio; y sabemos también que en aquella época el vulgo, mal aconsejado, se complacía en echar en cabeza del nombre cristiano la culpa de todas las calamidades que afligían á la nación, no echando de ver que quien las infligía era Dios, vengador de los crímenes, que castigaba justamente á los pecadores. La atrocidad de esta calumnia armó, no sin motivo, el ingenio y aguzó la pluma de San Agustín, el cual, en varias de sus obras, y mayormente en la *Ciudad de Dios*, demostró con tanta claridad la virtud y potencia de la sabiduría cristiana por lo tocante á sus relaciones con la república, que no tanto parece haber hecho cabal apología de la cristiandad de su tiempo, como logrado perpetuo triunfo de tan falsas acusaciones.

No descansó, sin embargo, el funesto apetito de tales quejas y falsas acriminaciones; antes plugo á muchos buscar la norma constitutiva de la sociedad civil fuera de las doctrinas que aprueba la Iglesia católica. Y aun últimamente eso que llaman *derecho nuevo*, que dicen ser como perfección de un siglo adulto, engendrado por el progreso de la libertad, ha comenzado á prevalecer y dominar por todas partes. Pero á pesar de tantos ensayos, consta no haberse encontrado más excelente modo de constituir y gobernar la sociedad, que el que espontáneamente brota y es como flor de la doctrina del Evangelio.

Juzgamos, pues, de suma importancia, y cumple á nuestro cargo apostólico el aquilatar con la piedra de toque de la doctrina cristiana las modernas opiniones acerca del Estado civil. Obrando así, confiamos que al resplandor de la verdad pierdan pie y no subsistan los motivos de error ó de duda. Todos aprenderán con facilidad cuántos y cuáles sean aquellos capitales preceptos, norma práctica de la vida, que deben seguir y obedecer.

No es difícil averiguar qué fisonomía y estructura revestirá la sociedad civil ó política cuando la filosofía cristiana gobierna el Estado.

El hombre está naturalmente ordenado á vivir en comunidad política, porque no pudiendo en la soledad procurarse todo aquello que la necesidad y el decoro de la vida corporal exige, como tampoco lo conducente á la perfección de su ingenio y de su alma, ha sido providencia de Dios que haya nacido dispuesto al trato y sociedad con sus semejantes, ya doméstica, ya civil; la cual es la única que puede proporcionar lo que basta á la perfección de la vida. Mas como quiera que ninguna sociedad puede subsistir ni permanecer si no hay quien presida á todos y mueva á cada uno con un mismo impulso eficaz y encaminado al bien común, síguese de ahí ser necesaria á toda sociedad de hombres una autoridad que la rija; autoridad que, como la misma sociedad, surge y emana de la Naturaleza, y por tanto del mismo Dios, que es su autor.

De donde también se consigue que el poder público por sí propio, ó esencialmente considerado, no proviene sino de Dios, porque sólo Dios es el propio verdadero y supremo Señor de las cosas, al cual todas necesariamente están sujetas y deben obedecer y servir, hasta tal punto que, todos los que tienen derecho de mandar, de ningún otro lo reciben si no es de Dios, Príncipe Sumo y Soberano de todos. *No hay potestad que no parta de Dios*¹.

El derecho de soberanía, por otra parte, en razón de sí propio, no está necesariamente vinculado á tal ó cual forma de gobierno: puede escoger y tomar legítimamente una ú otra forma política con tal de que no le falte capacidad de obrar eficazmente el provecho común de todos. Mas cualquiera que sea esa forma, los jefes ó príncipes del Estado deben poner la mira totalmente en Dios, supremo Gobernador del universo, y proponérsele como ejemplar y ley en el administrar la república. Porque así como en el mundo visible Dios ha creado causas segundas que dan á su manera claro conocimiento de la naturaleza y acción divinas, y concurren á realizar el fin para el cual es movida y se actúa esta gran máquina del orbe, así también ha querido Dios que en la sociedad civil hubiese una autoridad principal, cuyos gerentes reflejasen, en cierta manera, la imagen de la potestad y providencia divinas sobre el linaje humano. Así que justo ha de ser el mandato é imperio que ejercen los gobernantes, y no despótico, sino en cierta manera paternal, porque el poder justísimo que Dios tiene sobre los hombres está también unido con su bondad de Padre. La autoridad asimismo ha de ejercitarse en provecho de los ciudadanos, porque la razón de regir y mandar es precisamente la tutela del procomún y la utilidad del bien público. Y si esto es así, si la autoridad está constituida para velar y obrar en favor de la totalidad, claramente se echa de ver que nunca, bajo ningún pretexto, se ha de concretar exclusivamente al servicio y comodidad de unos pocos ó de uno sólo. Si los jefes del Estado se rebajan á usar inicua mente de su pujanza, si oprimen á los súbditos, si pecan por orgullosos, si malvierten haberes y hacienda y no miran por los intereses del pueblo, tengan bien entendido que han de dar estrecha cuenta á Dios; y esta cuenta será tanto más rigurosa, cuanto más sagrado y augusto hubiese sido el cargo, ó más alta la dignidad que hayan poseído. *Los poderosos serán atormentados poderosamente*².

Con esto se logrará que la majestad del poder esté acompañada de la reverencia honrosa que de buen grado le prestarán, como es deber suyo, los ciudadanos. Y en efecto, una vez convencidos de que los gobernantes tienen su autoridad de Dios, reconocerán estar obligados en deber de justicia á obedecer á los príncipes, á honrarlos y obsequiarlos, á guardarles fe y lealtad á la manera que un hijo piadoso se goza en honrar y obedecer á sus padres. *Toda alma esté sometida á las potestades superiores*³.

No es menos ilícito el despreciar la potestad legítima, quien quiera que sea el poseedor de ella, que el resistir á la divina voluntad, puesto que los rebeldes á la voluntad de Dios caen voluntariamente y se

despeñan en el abismo de la perdición. *El que resiste á la potestad, resiste á la ordenación de Dios; y los que le resisten, ellos mismos atraen á sí la condenación*¹. Por tanto, quebrantar la obediencia y acudir á la sedición, sublevando la fuerza armada de las muchedumbres, es crimen de lesa majestad, no solamente humana, sino divina.

Así fundada y constituida la sociedad política, manifiesto es que ha de cumplir por medio del culto público las muchas y relevantes obligaciones que la unen con Dios. La razón y la naturaleza, que manda á cada uno de los hombres dar culto á Dios piadosa y santamente, porque estamos bajo su poder, y de Él hemos salido y á Él hemos de volver, estrecha con la misma ley á la comunidad civil. Los hombres no están menos sujetos al poder de Dios unidos en sociedad que cada uno de por sí; ni está la sociedad menos obligada que los particulares á dar gracias al Supremo Hacedor que la formó y compaginó, que pródigo la conserva y benéfico le prodiga innumerable copia de dádivas y afluencia de haberes inestimables. Por esta razón, así como no es lícito descuidar los propios deberes para con Dios, y el primero de éstos es profesar de palabra y de obra, no la religión que á cada uno acomoda, sino la que Dios manda y consta por argumentos ciertos é irrecusables ser la única verdadera, de la misma suerte no pueden las sociedades políticas obrar en conciencia como si Dios no existiese; ni volver la espalda á la religión, como si les fuese extraña; ni mirarla con esquivéz ni desdén como inútil y embarazosa; ni, en fin, otorgar indiferentemente carta de vecindad á los varios cultos; antes bien, y por lo contrario, tiene el Estado político obligación de admitir enteramente, y abiertamente profesar, aquella ley y prácticas del culto divino que el mismo Dios ha demostrado que quiere.

(Se continuará.)

UN SERMÓN DEL P. CUMPLIDO²

*Non fecit taliter omni nationi.
A ninguna nación distinguió tanto.
(Salm. 117, v 9).*

EXCMO. SR.:

BARAS veces en mi vida pública de orador sagrado me presenté en este siempre tremendo lugar con la terrible desventaja de la perplejidad que hasta el momento actual me acompaña, desde que mi Eminentísimo Prelado me confió el honroso encargo de dirigir la palabra á tan español, tan católico y tan leal auditorio. Partid, señores, para comprenderla tal cual ella es, de aqueste principio: que por educación religiosa y aun literaria, por hábito inveterado, y hasta por constitutivo natural, no soy capaz de dar á mi discurso otro giro, ni atino á modelar mi lenguaje de otra manera que la que me inspira el deber único del orador apostólico, que se reduce, como sabéis, á no conocer más giro ni más lenguaje que el que usó siempre la verdad encarnada; quiero decir, el de la noble libertad y leal franqueza. Ahora bien, señores: aquí venís á oír la predicción de la Bula de tales labios en el segundo tercio del siglo XIX, y precisamente mientras que, como sordo trueno de nube horripilante, se percibe á lo lejos y llega á retumbar hasta sobre nuestras mismas cabezas un ruido que yo no acierto á definir, que no me atrevo á calificar. Precisamente, señores, mientras que una parte considerable de los que tienen á España por patria y por madre á la Iglesia católica, pero que degeneran de los altísimos sentimientos dignos de una y otra, oyendo espantados aquel ruido, con pusilánime corazón engruesan las filas de los adeptos del error, que bate palmas y se da el pláceme porque ve con sorpresa los inesperados triunfos que le asegura la cobardía de muchos. Hoy, repito, señores, venís á oír el sermón de la Bula, cuando, por ahorro de metáforas, Roma y su Pontífice, el Papado y sus Bulas, la Iglesia y sus instituciones divinas y seculares están en infinitas cabezas al nivel de los objetos y acontecimientos más triviales, cabezas que así discuten sobre tan venerandos nombres y sentencian sobre su alcance y sus derechos, como pudieran hacerlo y lo hacen sobre la locomotora y el fluido magnético.

Y siendo yo tal y como os dije poco ha, ¿extra-

¹ San Pablo, *Epístola á los Romanos*, XIII, 2.

² El insigne y venerable jesuita cuyo nombre antecede gozó en su vida de una popularidad que no tiene ni ha tenido igual en estos tiempos. Varón de eminente virtud, de gran saber, de afable y bondadoso trato, fué el encanto de cuantas almas le conocieron y trataron, resplandeciendo por su corazón, el más noble, tierno y caritativo que puede imaginarse en un ministro del Señor.

Aunque predicó mucho y con indecible fruto, no quedan de él más que tres sermones impresos, siendo tal vez el mejor el de la Bula, que hoy reproducimos para dilatar el campo en que fructificó y para rendir este tributo de respeto á su santa palabra.

³ San Pablo, *Epístola á los Romanos*, XIII, 1.

² *Sabiduría*, VI, 7.

³ *Epístola á los Romanos*, XIII, 1.

haréis ver pintada en mi semblante la perplejidad del espíritu y la zozobra del corazón? Como quiera que haga justicia, y estricta justicia, á la Corporación excelentísima que me escucha, ¿puedo desentenderme de que ella representa á la noble, heroica, coronada villa de Madrid, y de que Madrid es el corazón de mi amada España? ¿Puedo dejar de figurarme sin grave esfuerzo que á toda España dirijo la oración, y que España toda espera de mí un lenguaje de actualidad, permitidme la expresión, que hoy han menester sus hijos?

Es decir, señores, que por lamentable infortunio de esta nación modelo, pasó el tiempo (¡ojalá vuela presto!) en que para hablar de la Bula dignamente bastaba ser español y dirigirse á españoles netos genuinos; bastaba ser católico y hablar con católicos de corazón; bastaba ser romano, es decir, de la familia del Pontífice, y apelar á sentimientos de familia en el corazón de los oyentes. Seguro estaba del mágico efecto de su palabra el orador que en días no muy remotos subía á este sagrado sitio, fuera el que fuera su lenguaje, contando con aquel triple elemento, y yo recuerdo aún el triunfo que felizmente consiguió hace pocos lustros desde este mismo lugar la encantadora palabra de varón apostólico, que redujo su plática á una sencilla y patética explicación y aclaración de ciertos puntos de la Bula en lo tocante á sus privilegios. — ¡Cuán bueno es Dios! — oía yo mismo exclamar con voz imperceptible, á parte del auditorio. ¡Cuánto nos ama y nos distingue el Pontífice! ¡Cómo debemos agradecer y corresponder á aquella bondad y á este cariño!

Pero hoy, señores, ¡ay de mí! hoy, gracias á la ilustración protestante, hoy aquellos vivos sentimientos de patriotismo, de catolicismo y de filial adhesión, se han empañado en muchas almas, y han perdido su rutilante brillo, como le pierde el pulimentado acero en atmósfera salitrosa. Hoy se cree que se puede ser muy bien español sin preferir á toda gloria la que antepusieron á toda otra Fernandos y Berengüelas; que se puede ser católico sin la comunión de fe y de convicciones religiosas con aquellos paladines del catolicismo; que se puede ser católico romano sin dejar de reconocer, y en lo posible poner coto, á excesivas exigencias y á ultramontanas opiniones de esa corte de Roma que se arrogó siempre orgullosa el protectorado y la tutela del mundo... Entre el eco de estas voces ha de oírse hoy, señores, la mía, y puedo aseguráros con toda verdad que si no me animase y recreara tanto vuestra presencia, ó no habría subido jamás, ó ahora mismo huyera desconcertado de esta divina cátedra. Pero no; mi humilde persona desaparece en este teatro cuando trata mi alma de comunicarse á las vuestras, y sois vosotros los que vais á pregonar en España lo que significa esta reunión; vosotros los

que vais á predicar, tomando por fiel intérprete mi discurso.

Sepa, pues, España, sepa el mundo entero, que hay todavía, por la misericordia de Dios, una grande y sana parte de estos reinos que tiene á la Bula por un blasón histórico, y como á tal la estima con verdadero patriotismo; tiene á la Bula por un blasón religioso, y como á tal la respeta con catolicismo sincero; tiene á la Bula por un blasón de familia, y como á tal la ama con vivo afecto de gratitud. Al sentir tocadas las tres primeras fibras de vuestros pechos, vuestro patriotismo, vuestro catolicismo, vuestro agradecimiento, vosotros me diréis si cabe mayor fidelidad en interpretar vuestros nobles sentimientos. Oíd las pruebas de que obrando así obráis perfectamente. Dadme, Jesús mío, para lograrlo, un sentimiento solo, el de la fe con que estima, respeta, ama y agradece, es decir, de la fe con que vive el justo, sean de vida mis palabras por obra y gracia de la verdadera Eva. Madre de vivientes, á quien saludamos: *Ave Maria*.

Breve seré, señores, en la primera parte, ya porque nada hay más ajeno del carácter de orador sagrado que hacer papel de anticuario, ya porque los hechos á que he de referirme son conocidos de todos los que hacen gala de conocer nuestra historia patria, y pocas razones sobran para que los conocedores de aquellos gloriosos hechos estimen con verdadero patriotismo lo que se demuestre ser un blasón histórico.

(Se continuará.)

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)



Se le había concedido el favor de ir al suplicio con los brazos sin atar, y tenía en la mano un objeto, en el cual parecía fijar todas sus miradas. Cuando llegó al pie del cadalso, no demostró ningún deseo de hablar á la muchedumbre conmovida; se dejó pasar la cuerda por el cuello tranquilamente, é hizo la señal de la cruz. En el mismo momento, un rayo de sol, atravesando la neblina como una flecha dorada, vino á brillar sobre el Crucifijo de plata que el sacerdote presentaba á los labios del joven. Le dió un ósculo, un suspiro, y estrechó la mano del sacerdote antes que le ataran los brazos.

— Se lo daréis á Alina, — dijo él, señalando con la mirada al Crucifijo.

Después bajó la trampa, la cuerda dió vueltas sobre sí misma, y los ojos del moribundo cesaron de ver el sol que brillaba como una auréola de oro sobre su blanca cabellera. El anciano sacerdote se quedó en oración cerca del cadalso. El fué quien, más tarde, cuando lo bajaron del cadalso, recibió en sus brazos el cuerpo rígido de Tadeo; él fué quien le amortajó respetuosamente y colocó á su lado, para sonreírle en la eternidad, el objeto que había tenido en la mano hasta el momento de su muerte: el pequeño retrato de Alina.

XXII

Los proscritos que habían llevado á Witold más allá de la frontera prusiana, no podían quedarse mucho tiempo en el asilo en que se habían refugiado. Los rusos y los prusianos son compadres, y las águilas no se destrozan unas á otras. Era preciso alejarse lo más pronto posible, si no se verían el día menos pensado encerrados en alguna sólida fortaleza, primera etapa en el camino del cadalso ó de la Siberia. Por eso no tardaron los jóvenes proscritos en marchar para Dresde, llevando con ellos á Mlotek.

Había sobrevivido, como por milagro, á su cruel herida y á las pruebas, aun más crueles, que había tenido que soportar: la falta de cuidados, lo largo del camino, las torturas del corazón y las angustias del destierro. En los primeros días de Octubre, aunque su herida acababa de cerrarse, había vuelto á recobrar sus fuerzas y el aspecto ordinario de su rostro; lo que no había vuelto á tener era su alegría.

Todos estaban tristes á su alrededor; la amargura de la derrota, los trabajos de la emigración, la incertidumbre del día siguiente, oprimía todos los corazones y entristecía todos los rostros. Nada de extraño que Witold también estuviese triste.

Pero esta tristeza colectiva, esta aflicción que compartía con todos, en otro tiempo, en una hora de lucha, seguida de un día de esperanza, la hubie-ra totalmente vencido y olvidado. Para que su frente quedase triste y su sonrisa fría, para que su mirada se conservase cubierta de una nube y no se despejase nunca, era preciso que tuviese él, en particular, una angustia escondida, una herida secreta, que ningún esfuerzo, ninguna esperanza, ningún cambio de circunstancias podía hacérsela olvidar.

Es que la pena de Witold era de una naturaleza compleja, por esto mismo difícil de explicar. En él, el patriota, el amigo, el hombre honrado, y el hombre también, el hombre joven, con el corazón lleno de pasión y el cerebro lleno de fuego, sufrían á un mismo grado. Primero, el amor de la patria no era

Anuncios.

BANCO DE ESPAÑA

16.º SORTEO

Nota de los Títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100, que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Serie A

Números de las bolas que representan los lotes.	Numeración de los títulos que deben ser amortizados.	Números de las bolas que representan los lotes.	Numeración de los títulos que deben ser amortizados.	Números de las bolas que representan los lotes.	Numeración de los títulos que deben ser amortizados.
377	3.761 á 70	4.975	49.741 á 50	8.819	88.181 á 90
1.154	11.531 " 40	5.250	52.491 " 500	8.825	88.241 " 50
1.303	13.021 " 30	5.593	55.921 " 30	8.885	88.841 " 50
1.754	17.531 " 40	4.933	59.321 " 30	9.714	97.131 " 40
2.016	20.151 " 60	6.047	60.461 " 70	9.872	98.711 " 20
2.180	21.791 " 800	6.086	60.851 " 60	10.148	101.471 " 80
2.793	27.921 " 80	6.098	60.971 " 80	10.316	103.151 " 60
3.461	34.601 " 10	6.493	64.921 " 30	10.423	104.221 " 30
3.969	39.681 " 90	6.558	65.571 " 80	11.167	111.661 " 70
4.007	40.061 " 70	7.631	76.301 " 10	12.205	122.041 " 50
4.602	46.011 " 20	7.800	77.991 " 78.000	12.337	123.361 " 70
4.617	46.161 " 70	7.814	78.131 " 40	12.491	124.901 " 10
4.730	47.291 " 300	7.928	79.271 " 80	13.173	131.721 " 30
4.878	48.771 " 80	8.072	80.711 " 20	13.974	139.731 " 40

Serie B

207	2.061 á 70	4.371	43.701 á 10	7.068	70.671 á 80
487	4.861 " 70	4.580	45.791 " 800	7.456	74.551 " 60
946	9.451 " 60	5.056	50.551 " 60	7.725	77.241 " 50
1.296	12.951 " 60	5.531	55.301 " 10	8.108	81.071 " 80
1.932	19.311 " 20	5.959	59.581 " 90	8.147	81.461 " 70
2.059	20.581 " 90	6.305	63.041 " 50	8.164	81.631 " 40
2.236	22.351 " 60	6.412	64.111 " 20	8.306	83.051 " 60
3.467	34.661 " 70	6.638	66.371 " 80	8.423	84.221 " 30
3.750	37.491 " 500	6.928	69.271 " 80	8.925	89.241 " 50
3.979	39.781 " 90	6.954	69.431 " 40	9.999	99.981 " 90

Serie C

23	221 á 30	4.683	46.821 á 30	5.887	58.861 á 70
218	2.171 " 80	5.022	50.211 " 20	6.965	69.641 " 50
892	8.911 " 20	5.027	50.261 " 70	7.083	70.821 " 30
1.844	18.431 " 40	5.147	51.461 " 70	7.218	72.171 " 80
1.853	18.521 " 30	5.157	51.561 " 70	7.489	74.881 " 90
2.593	25.921 " 30	5.352	53.511 " 20	7.965	79.641 " 50
2.664	26.631 " 40	5.437	54.361 " 70	8.188	81.871 " 80
3.453	34.521 " 30	5.534	55.331 " 40	8.383	83.821 " 30
3.734	37.331 " 40	5.762	57.611 " 20	8.673	86.721 " 30
4.402	44.011 " 20	5.793	57.921 " 30	9.995	99.941 " 50

Serie D

89	881 á 90	568	5.671 á 80	1.780	17.791 á 800
472	4.711 " 20	813	8.121 " 30	2.003	20.021 " 30
560	5.591 " 600	1.684	16.831 " 40	2.594	25.931 " 40

Serie E

941	9.401 á 10	1.270	12.691 á 700	2.108	21.071 á 80
953	9.521 " 30	1.673	16.721 " 30		
1.034	10.331 " 40	1.695	16.941 " 50		

Madrid 1.º de Diciembre de 1885. — V.º B.º El Gobernador, Albacete. — El Vice-secretario, Vicente Santamaría de Paredes.

absolutamente puro en Witold; tenía en él encarnado su orgullo. Seguramente adoraba á Polonia, antes de todo, pero á la Polonia que él quería formar.

Sufrió como amigo y como hombre de honor. Por más que se decía que ese casamiento, contraído con un nombre falso, no lo comprometía ni compromete-

tía á Alina, á la cual, más pronto ó más tarde, le devolvería su libertad, no por eso dejaba de sentir, cada vez que pensaba en esto, un malestar y un remordimiento: una especie de vergüenza.

Una sola vez en su vida, Witold había consentido en mentir, y no podía borrar de su corazón la mancha de esta mentira. Y después la convalecencia trae

la debilidad; la inacción y la soledad disponen al amor. ¡El amor! ¡Fatal irrisión en su desastre y su miseria! Le era muy fácil otras veces prohibirle el acceso en su alma, atolondrar los sentidos y el corazón, cuando vivía en el seno de esa ardiente pelea, en esa vida tumultuosa de emboscadas ó de combates, ó en ese gran silencio de los bosques.



VISTA DEL REAL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

Pero ahora, en su amargo abandono, en ese vacío del pensamiento, entre esas paredes sombrías de su pequeño cuarto de proscrito... ¿qué tiene de extraño que viese á menudo deslizarse una suave fantasma, y que sintiese su pecho henchirse, su corazón debilitarse, creyendo volver á ver los arrogantes ojos de Alejandra?

Así se sucedían los días sin traer cambios favorables en el humor de Witold, casi siempre solo y triste en su cuartito del barrio de Antonotadt. El, otras veces tan alegre, tan lleno de chispa y de buen humor, pasaba los días solo, recorriendo, cuando hacía buen tiempo, las orillas del Elba ó los campos más solitarios, y quedándose obstinadamente encerrado los días de lluvia. Solamente por la noche, aparecía en la ciudad y entraba en la sala ahumada de un café de segundo orden, donde recorría los periódicos, y seguía con languidez los progresos de una partida de ajedrez. Sus antiguos compañeros se inquietaban algunas veces, y otras se burlaban de su tristeza, diciendo que Mlotek, desde que pasó la frontera, estaba enteramente desmoralizado. La mayor parte de ellos atribuían esta metamorfosis á la pena de su derrota ó á las consecuencias de su herida.

Una mañana muy temprano, llamaron á su puerta, abrió: el rostro que percibió no era el de una persona conocida.

Era un semblante plácido, esencialmente germano, que llevaba en todas sus facciones un perfume de bufete, un sello especial de curia. Este pasante le preguntó si tenía el honor de hablar con el señor Witold Turno, llamado Mlotek, y por su respuesta afirmativa, le pedía que pasara á casa de su principal, notario en la Neustadt, para negocios que le concernían.

Con su paso indolente y poco resuelto, fué Turno en el resto del día á casa del notario.

Este le hizo sentar, y le dijo:

— Señor, tengo un negocio importante que comunicaros.

— De qué se trata? — preguntó Witold con indiferencia.

— El Sr. Ruhmdorff, un cofrade de Berlín, me ruega que os busque aquí, porque tiene á vuestra disposición una suma de 100.000 rublos.

— ¿Esa suma para mí? ¿De dónde puede provenir?

— De Varsovia... ¿Conoceis al coronel Nebutoff?

Witold hizo un ademán afirmativo.

— ¿Tal vez sois un pariente?

— No señor, — dijo Turno.

— Tanto mejor, entonces sentiréis menos su pérdida. El coronel Nebutoff acaba de morir, dejando 150.000 rublos de fortuna. Su hija, que es mayor, naturalmente hereda.

— ¿Y bien? — preguntó Witold admirado.

— Como está un poco delicada, ha salido para Italia, y habiendo realizado su fortuna al pasar por Berlín, ha dejado á vuestro nombre 100.000 rublos, para que podáis emplearlos en la obra que habéis emprendido.

— ¿A mí? — repitió Witold consternado.

— Sí, señor, á vos. Además, mi colega me escribe que tiene una carta; pero que se ha comprometido á dárosela en persona. No sabiendo vuestra dirección, me ha encargado que os buscase. ¿Queréis comunicarme la respuesta que debo darle, ó iréis vos mismo á Berlín?

— No escribáis aún, yo volveré mañana, — dijo Witold. Y se despidió del Notario.

El hecho es que no hubiera podido responder por lo trastornado que estaba. ¡Cómo! ¡Alejandra estaba sola, libre y pensaba en él! ¿Era á él á quien daba su fortuna, no pudiendo darle su mano? A pesar de su frialdad, á pesar de su aparente indiferencia, á pesar de su fatal cobardía, ella le amaba siempre, ella por todas partes le protegía...

Le sobrevino un deseo insensato, una idea loca: quiso correr á Berlín, buscar al Notario, saber de él la residencia de Alejandra, después ir á echarse á los pies de esta noble joven, decirle que no era digno de ella, que podía alejarlo de sí si quería, pero que, á pesar de eso, la quería, y que moriría queriéndola.

¿Pero esta declaración no era demasiado tardía? ¿Alejandra no pensaría que venía á buscarla atraído por el brillo de su fortuna...? No, era demasiado noble y demasiado tierna para esto. Y después él lo rechazaría lejos de sí, este oro extranjero, ese oro ruso; no se mancharía las manos con él; ella lo emplearía en buenas obras, lo gastaría en fiestas, haría lo que le agradara: pero en cuanto á él, no lo quería. Lo que quería, era ese corazón amante, ese corazón fiel, que hacía tanto tiempo latía por él.

Sería el marido de Alejandra... ¿Pero este fatal día de Glonki! ¿No era él actualmente el marido de Alina? Witold sintió un desfallecimiento y se apoyó en la pared, sintiendo que se tambaleaba.

Después de algunos momentos de reflexión, se repuso. Pensó que una unión contraída en semejantes circunstancias, debería ser declarada nula por el supremo poder religioso; que Tadeo y Alina buscarían ellos mismos el modo de romperlo, y que así podía estar tranquilo por ese lado. No era más que una cuestión de tiempo, de amor y de perseverancia. Y bien; ni el amor ni la perseverancia podían faltarle.

De ese modo, desde el día siguiente saldría para Berlín, y en ocho días podría estar en Italia. En este momento, pasaba cerca del café donde iba todas las tardes.

Entró en él, como de costumbre, y fué á reunirse con dos de sus camaradas, sentados al lado de una mesa de té.

(Se continuará.)

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.